

BIBLIOTECA DE JURISPRUDENCIA, FILOSOFÍA É HISTORIA

LA
MUCHEDUMBRE DELINCUENTE

ENSAYO DE PSICOLOGÍA COLECTIVA

POR

ESCIPIÓN SIGHELE

TRADUCCIÓN DE

P. DORADO

PROFESOR EN LA UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

DOVE RIVER
ANGULO LAGUNA

B 061858

16-17-19-23-66
N 21 2902 34



MADRID
LA ESPAÑA MODERNA
Cuesta Sto. Domingo, 16.

ES PROPIEDAD

PREFACIO

Cuando, hace poco tiempo, fué publicada la edición italiana de este libro, no esperaba yo que hubiera de ser acogido por la crítica con tanta benevolencia como lo ha sido.

El mérito, ó más bien la fortuna, de esta aceptación se debe enteramente al asunto, *tan felizmente elegido*, como me escribía Tarde.

El estudio de los delitos de la muchedumbre es, en efecto, muy interesante, sobre todo en estas postrimerías del siglo, durante las cuales las violencias colectivas de la plebe—desde la huelga de los obreros hasta las sublevaciones públicas—no escasean. Parece como que de cuando en cuando quiere aquélla satisfacer, por medio de un delito, todos los resentimientos que han acumulado sobre ella los dolores y las injusticias que sufre.

A lo cual debe añadirse que el asunto, no obstante su grande importancia social y jurídica, era nuevo. Ni la ciencia ni los tribunales habían pensado en que, á veces, en lugar de un solo individuo, el culpable puede ser una muchedumbre. Cuando se veía comparecer

ante la justicia á algunos individuos que habían podido ser arrestados en medio de un tumulto, los jueces creían tener delante de sí á hombres que habían venido á sentarse en el banquillo por su propia voluntad; siendo así que no eran otra cosa que los pobres náufragos arrojados allí por la tempestad psicológica que, á su pesar, les había arrastrado.

Era, pues, todavía más necesario que interesante estudiar el problema de la muchedumbre delincuente.

Por mi parte, he intentado hacerlo, aunque muy imperfectamente, como yo mismo reconozco. La psicología colectiva es una ciencia que se halla aún en la infancia; la psicología de la muchedumbre, que forma parte de ella y que representa su grado más agudo, apenas ha nacido.

En esta edición he colmado muchas lagunas y corregido bastantes errores de la primera edición italiana. Bien sé, sin embargo, que no he hecho otra cosa más que echar los fundamentos de un estudio largo y difícil. Pero quedaré satisfecho de mi obra si provoca en otros el deseo de hacer algo más y mejor que lo que yo he hecho; y sobre todo, quedaré muy complacido si las conclusiones jurídicas á las cuales llego son acogidas por los tribunales penales.

ESCIPIÓN SIGHELE.

Roma, 1892.

INTRODUCCIÓN

LA SOCIOLOGÍA Y LA PSICOLOGÍA COLECTIVA

«En los hechos psicológicos, la reunión de los individuos no da jamás un resultado igual á la suma de cada uno de ellos.»

(E. FERRI.)

I

Dadle á un albañil—escribe Spencer—ladrillos duros, bien cocidos, rectangulares, y podrá construir sin cal un muro muy sólido y de bastante altura. Pero si, por el contrario, los ladrillos están fabricados con mala arcilla, si no los han cocido bien, si muchos están incompletos, rotos, hendidos, será imposible construir sin cal un muro igual al primero en elevación y en estabilidad.

»Si un operario en un arsenal se ocupa en hacer pilas de balas de cañón, estas masas esféricas no podrán ser colocadas unas sobre otras sino empleando alguna figura geométrica determinada: el tetraedro, la pirámide á base cuadrada y el sólido á base rectangular y terminado en punta. Cada una de estas formas

permite obtener la estabilidad y la simetría, que son incompatibles con todas las demás figuras de lados verticales y muy inclinados.

» Por fin, si en lugar de masas esféricas y de igual volumen, se trata de reunir piedras irregulares, unas redondeadas, angulosas otras, todas ellas de diferente tamaño, forzosamente habrá que renunciar á las formas geométricas definidas. El operario no podrá lograr más que hacer un montón inestable, desprovisto de ángulos y caras regulares.

» Reuniendo estos hechos y tratando de deducir de los mismos una verdad general, vemos que los caracteres del agregado vienen determinados por los caracteres de las unidades que lo componen.

» Si de estas unidades visibles y tangibles pasamos á aquellas que consideran los físicos y los químicos y que forman las masas materiales, observaremos el mismo principio. Para cada uno de los llamados elementos, para cada uno de los compuestos químicos, para cada nueva combinación de estos compuestos, existe una forma particular de cristalización. Aun cuando estos cristales sean diferentes en tamaño, aunque se les pueda modificar rompiendo sus ángulos y sus aristas, su tipo de estructura queda siendo constante, como lo demuestra la talla. Todas las especies de moléculas tienen formas cristalinas particulares con arreglo á las cuales se agregan. La relación entre la naturaleza de las moléculas y sus modos de cristalizar es tan constante, que dadas dos clases de moléculas próximas las unas á las otras por sus reacciones químicas, se puede prever con certeza que sus sistemas de cristalización serán muy cercanos. En suma, se podrá afirmar sin género alguno de duda, como un resultado demostrado por la física y la química, que

en todos los fenómenos que presenta la materia inorgánica, la naturaleza de los elementos determina ciertos caracteres en los agregados.

»Este principio tiene igualmente lugar en los agregados que se encuentran en la materia viviente.

»En la sustancia de cada especie de planta ó de animal, se observa una tendencia hacia la estructura de esta planta ó de este animal, tendencia que se demuestra hasta la evidencia en todos los casos en que las condiciones de la persistencia de la vida son suficientemente simples y en que los tejidos no han adquirido una estructura bastante delicada para prestarse á una disposición nueva. Entre los animales, el ejemplo, tan frecuentemente citado, del pólipo enseña claramente esta verdad. Cuando se le corta en pedazos, cada fragmento se convierte en un pólipo dotado de la misma organización y de las mismas facultades que el animal entero. Entre las plantas, el ejemplo de la *begonia* es también notable. Introducid en la tierra un fragmento de hoja, y veréis cómo se desarrolla una planta completa.

»La misma verdad se manifiesta en las sociedades, más ó menos definidas, que forman entre sí los seres inferiores. Sea que estas sociedades no se compongan sino de un agregado confuso, sea que formen una especie de organización, con división del trabajo entre sus miembros—caso que se presenta con frecuencia—siempre resulta que las propiedades de los elementos son las determinantes de las propiedades del agregado. Dada la estructura de los individuos con los instintos que de la misma resultan, la comunidad que formen estos individuos presentará forzosamente ciertos rasgos característicos, y ninguna comunidad que presente los mismos rasgos podrá ser constituida por

individuos dotados de otra estructura y de instintos diferentes (1).»

Ahora, el que ha sabido sacudir el yugo de los prejuicios teológicos y metafísicos y sabe que no existe una ley para el universo y otra para la humanidad, el que conoce, aun cuando sólo sea superficialmente, la teoría de la evolución, no tendrá dificultad alguna en hacer entrar los agregados de hombres en la fórmula spenceriana.

En efecto, decir que las propiedades de las partes determinan las propiedades del todo, es enunciar una verdad que lo mismo puede aplicarse á la sociedad humana que á todo lo demás; y precisamente sobre esta verdad ha apoyado Spencer su concepción de la sociología, sentando como axioma científico: que los caracteres principales de la sociedad humana corresponden á los caracteres principales del hombre (2).

De esta manera confirmaba la idea de Augusto Comte, el cual, en forma diferente, pero resumiendo el mismo pensamiento, había dicho que «la sociedad humana debe ser considerada como un *solo hombre* que ha existido siempre á través de los siglos (3).»

También Schopenhauer había llegado á la misma conclusión, escribiendo: «Desde los tiempos más remotos se ha venido siempre considerando al hombre como un *microcosmos*; yo he invertido la proposición y he probado que el mundo es un *macántropo*, en el sentido de que voluntad y representación dan la definición de

(1) H. Spencer: *Introduction à la Science Sociale*. Paris, F. Alcan, 7.^a ed., 1885, cap. III.

(2) Obra citada, pág. 55.

(3) A. Comte: *Système de politique positive*. Paris, 1851, páginas 329 y siguientes.

la sustancia del mundo tan completamente como la del hombre (1).»

La concepción de Schopenhauer parte de un principio distinto de aquel sobre el cual se funda la concepción de Comte y la de Spencer. En efecto, la filosofía de Schopenhauer, no obstante encerrar páginas brillantes dictadas por un método positivo, es teórica y apriorista; mientras que las de Comte y Spencer están basadas sobre la observación y la experiencia. El punto de partida es, pues, diferente, pero el fin conseguido es el mismo. Schopenhauer afirma que el mundo es un *macántropo*, y con sólo esta palabra, derivada del griego, expresa el mismo pensamiento que Comte y Spencer.

Y aun dejando á un lado por el momento la cuestión de si la analogía entre el hombre y la sociedad humana es tal que pueda considerarse ésta como un verdadero y propio organismo (2), ¿es posible negar

(1) Schopenhauer: *El mundo como voluntad y como representación*, libro IV.

(2) Gabba (*Intorno ad alcuni più generali problemi della scienza sociale*, Florencia, 1881); Gumpowicz (*Grundriss der Sociologie*, Viena, 1885); De Greef (*Introduction à la Sociologie*, Paris, 1886), y Letourneau (*L'évolution du mariage et de la famille*, Paris, 1888), para no citar sino los principales, han calificado de *pura metáfora* la semejanza del organismo social y el organismo individual. Ferri (en los *Nuovi Orizzonti*, 2.^a edición, pág. 115, nota) y Sergi (en el artículo *La sociologiae l'organismo delle società umane*, inserto en el libro *Antropologia e scienze antropologiche*, Mesina, 1889), les han contestado perfectamente. Por lo demás, que la sociedad sea un verdadero y propio organismo lo han demostrado espléndidamente, no sólo Comte y Spencer, sino también Schäffle, en su magistral obra *Bau und Leben des socialen Körpers* (Tubinga, 1875); Espinas, en la introducción histórica al volumen sobre las *Sociétés animales*, y Cazelles en la *Introduction à los Primeros principios*. Spencer, en todas sus obras, insiste en la afirmación de que la

que hay en toda sociedad fenómenos que son el resultado natural de los fenómenos presentados por los miembros de la sociedad dicha; en otros términos, que el agregado presenta una serie de propiedades determinadas por la serie de las propiedades de sus partes? Basta con preguntarse qué sucedería si el hombre tuviese preferencia por aquel que le hace mal, para comprender que las relaciones sociales serían enteramente distintas (caso de ser posibles) de las relaciones sociales actuales, que se hallan establecidas sobre la tendencia inherente al hombre de preferir á aquel que le proporciona mayor placer. Basta con preguntarse qué sucedería si, en vez de buscar los medios más fáciles para conseguir un fin determinado, los hombres buscasen los medios más difíciles de alcanzarlo, para comprender que la sociedad (aun admitiendo que pudiera existir alguna en estas condiciones) no se parecería en nada á las sociedades que nosotros conocemos (1).

Y esta analogía de estructura, y por consiguiente de funciones, que se muestra con evidencia innegable entre el hombre y la sociedad, se repite, no ya tan sólo en cuanto á los caracteres generales, sino también en cuanto á ciertos caracteres particulares, entre los individuos pertenecientes á una clase determinada y esta misma clase considerada como un ser colectivo.

Sabemos que la sociedad no es un todo homogéneo é igual en todas sus partes, sino más bien «una roca

sociedad es un organismo. En su libro *Social statics*, escribe en la pág. 481: «Lo mismo que el desarrollo del hombre y el de la vida, el desarrollo de la sociedad puede definirse *una tendencia á convertirse en algo* » La *individuación* es otro carácter común á la sociedad y á todo organismo.

(1) V. Spencer, ob. cit., cap. III.

de sedimento formada lentamente por los *detritus* transportados por una serie indefinida de seres (1)», un organismo que tiene, como el cuerpo animal, tejidos de diferente estructura y de diferente sensibilidad. Ahora, estos tejidos, ó estratos, ó grupos sociales que se han venido formando poco á poco en el andar del tiempo, por virtud del tránsito continuo y progresivo de lo simple á lo compuesto, de lo homogéneo á lo heterogéneo, en que consiste la ley de la evolución (2), estos tejidos tienen, como los diferentes tejidos de las plantas y de los animales, caracteres orgánicos y psíquicos propios de cada uno de ellos y que reproducen los caracteres especiales de los individuos que forman parte de tales grupos.

La observación más vulgar nos lo demuestra perfectamente. Si echamos una ojeada á la historia, vemos que las antiguas separaciones entre vencedores y vencidos, entre señores y esclavos, entre nobles y plebeyos, no eran solamente divisiones políticas y económicas, sino que en realidad representaban mundos distintos. Educación, lengua, costumbres, vestidos, manera de ser, todo tenía un carácter especial, regulado por hábitos muy severos, y aun por tradicionales fórmulas escritas á las que no era permitido sus- traerse (3).

Y ¿quién no sabe que las aristocracias—del talento, del dinero y del nacimiento—la magistratura, el clero,

(1) G. Sergi: *Antropologia e scienze antropologiche*. Mesina, 1889, pág. 128.

(2) Ver á este propósito á Spencer: *Los Primeros principios*, cap. XIV, y Ardigò: *Opere filosofiche*, vol II, *La Formazione naturale nel fatto del sistema solare*.

(3) Ver á este propósito la monografía de Fulvio Cazzaniga: *L'ambiente*, Cremona, 1886, sobre todo los cap. II y XV.

la milicia, el pueblo, en suma, todas las clases sociales, que representan hoy, en forma electiva y espontánea, las antiguas *castas*, determinadas únicamente por el vínculo hereditario, reproducen exactamente en su espíritu y en sus manifestaciones colectivas, no sólo los caracteres generales del hombre, sino también los caracteres particulares del aristócrata, del magistrado, del sacerdote, del soldado? ¿Quién no sabe que los hábitos, las ideas, los sentimientos, las tendencias, en una palabra, las funciones propias de cada una de estas clases, son diferentes de los de todas las demás? (1).

Por tanto, el axioma según el cual los caracteres del agregado son determinados por los caracteres de las unidades que lo componen, debe aplicarse, no solamente al organismo colectivo de la sociedad, sino también á los organismos parciales de que ésta se compone.

Y no podía ser de otra manera; porque si en la sociedad humana, que no es más que un fragmento del universo, ó, por mejor decir, un episodio de la evolución universal, se cumplen necesariamente todas las leyes naturales que rigen el mundo orgánico, con mayor razón deben cumplirse las leyes generales de la sociedad humana en los organismos parciales que la componen, lo mismo que, según la feliz expresión de Enrique Ferri, los caracteres mineralógicos de un

(1) Esta verdad, evidente por sí misma, la afirman indistintamente todos los sociólogos. Véase M. A. Vaccaro: *Genesi e funzione delle leggi penali*, Roma, Bocca, 1880, cap. 1. Tocqueville decía: «Las clases que componen la sociedad forman como otras tantas naciones diferentes» (*La Démocratie en Amérique*, tomo 1, cap. vi). Consúltese también Bagehot: *Lois scientifiques du développement des nations*, Paris, Alcan, 1885, 5.ª ed., y Spencer: *Introduction à la science sociale*, cap. x. *Les préjugés de classe*.

crystal se reproducen inevitablemente en sus fragmentos.

Considerada desde este punto de vista y á la luz de de estos principios, la sociología es una reproducción fiel en sus grandes líneas, pero inmensamente más compleja y más vasta, de la psicología. La psicología estudia al hombre, y la sociología estudia el cuerpo social; mas nosotros sabemos que los caracteres del uno no pueden ser determinados sino por los caracteres del otro, porque las funciones del organismo social son análogas á las del organismo humano. La individualidad social, diría Espinas, es paralela á la individualidad humana; por tanto, la sociología no es más que una psicología en grande, en la cual las leyes principales de la psicología individual se reflejan ampliadas y completadas: es, como ha dicho Tarde, «el microscopio solar de la psicología (1).»

II

Pero ¿hasta dónde llega esta analogía entre las cualidades del agregado y las de las unidades que lo componen? ¿Es siempre constante esta relación entre las leyes psicológicas que gobiernan al individuo y las que gobiernan un grupo de individuos? ¿Es siempre verdad que una reunión de hombres posee caracteres propios, que resultan de los caracteres de los hombres

(1) G. Tarde: *La Philosophie pénale*. Paris-Lyon, Storck-Masson, 1890, pág. 118.

tomados separadamente? En una palabra; ¿no hay excepción alguna del principio enunciado más arriba?

Antes de contestar á esta pregunta, me parece oportuno recordar ciertos fenómenos psicológicos muy comunes, los cuales nos ayudarán á encontrar la respuesta, ó, mejor dicho, la respuesta serán ellos mismos.

Nadie ignora los errores que los jurados cometen con harta frecuencia. Muchas veces estos errores provienen de la incapacidad individual de los jurados mismos ó de la dificultad intrínseca de las preguntas sometidas á su deliberación; pero otras veces el veredicto absurdo y fuera de propósito emana de personas inteligentes y versa sobre cuestiones que no exigen para ser resueltas más que un poco de buen sentido.

Yo, por ejemplo, he visto absolver á tres jovencuelos *convictos y confesos* de haber hecho víctima de los peores ultrajes á una pobre muchacha y de haberla después martirizado de la manera más ignominiosa, arrojándola cal viva en partes muy delicadas y ocasionándola graves quemaduras. ¿Creéis que, tomados uno á uno, habrían los jurados absuelto á estos delincuentes? Yo me permito dudarlo.

Garofalo ha referido un experimento hecho sobre un colegio de seis médicos distinguidos, algunos de ellos ilustres profesores, los cuales, invitados á dar su veredicto sobre un acusado de hurto, lo absolvieron, no obstante las pruebas evidentes de culpabilidad, y reconociendo después haberse equivocado (1).

El jurado de la Haute-Vienne absolvió recientemente á tres campesinos, el padre Juan Pouzy, su mu-

(1) R. Garofalo: *Un giuri di persone colte*, en el *Archivio di psichiatria, scienze penali*, etc., vol. II, pág. 374.

jer y su hijo, los cuales estaban procesados por el asesinato de un pobre joven, Pedro Grasset, su antiguo criado, estrangulado y aplastado «en familia», en condiciones de ferocidad inaudita. Después de haber ahogado bajo un peso á la víctima, Juan Pouzy dijo, bromeándose:—«Me parece que está muerto.»—«Puede ser que no»,—dijo la mujer, y para más seguridad, le destrozó el cráneo dándole dos últimos golpes con su grueso palo.—«Esta vez—repuso el marido—yo creo que ya está. ¡Qué buen conejo hemos cogido (1)!»

¿Quién es capaz de creer que la cobardía de toda esta familia encarnizada con un hombre habría de alcanzar gracia en el jurado?

Pues bien; ¿qué prueban todos estos hechos y muchísimos otros del mismo género que podrían citarse y que cada cual puede haber observado por sí mismo (2)? Prueban sencillamente esto: que doce hombres de buen sentido y de inteligencia pueden dar un veredicto estúpido y absurdo. Una reunión de individuos puede, por tanto, dar un resultado opuesto al que habría dado cada uno de ellos.

Un fenómeno semejante se verifica en el seno de las numerosas comisiones—artísticas, científicas ó industriales—que son una de las plagas más dolorosas de nuestro sistema administrativo. Ocurre frecuente-

(1) Ver Bataille: *Causes criminelles et mondaines de 1890*, Paris, Dentu, pág. 283.

(2) Los veredictos absurdos del jurado se cuentan por miles. Véase algunos de ellos referidos por Lombroso: *Sull' incremento del delitto in Italia*. Turin, Bocca, 1879, páginas 4^o y siguientes; Carelli: *Verdetti di giurati*, en el *Archivio di Psich.*, etc., volumen VIII, fasc. 6.^o; Olivieri: *Un verdetto negativo in tema di furto qualificato*, en el mismo *Archivio*, vol. IX, fasc. 1.^o, y Garofalo: *Una quindicina alle Assise*, en *La Scuola positiva*, año I, núm. 7.^o

mente que sus decisiones sorprenden y producen estupefacción en el público, por su rareza. ¿Cómo es posible—se dice—que los hombres que formaban parte de la comisión hayan podido llegar á esta conclusión? ¿Cómo es posible que diez ó veinte artistas, diez ó veinte hombres de ciencia reunidos den un veredicto que no se acomodaba ni á los principios del arte ni á los de la ciencia?

Aristides Gabelli, el escritor ilustre y malogrado que Italia ha perdido poco tiempo hace, ha tratado de analizar las causas de este fenómeno:

«Se dice—escribe Gabelli—que las comisiones, las juntas, en una palabra, todos los que ejercen juntos un poder, son una garantía contra los abusos. Pero hay que ver ante todo si son una ayuda y facilitan el ejercicio. En efecto, el poder se da para servirse de él. Cuando las garantías son tales que impiden el uso de dicho poder, es inútil darlas. Ahora, el número es justamente una garantía de este género, por el espíritu de partido, por las discordias que origina el interés, las opiniones y los humores diferentes, y porque si uno acude el otro no, aquél está enfermo y éste de viaje, y frecuentemente tiene que aplazarse todo con pérdida inestimable de tiempo, y á menudo de oportunidad y de eficacia; porque si es difícil hallar talento en todos, mucho más difícil es encontrar en todos resolución y firmeza; porque no teniendo responsabilidad personal, todos tratan de rehuir la carga: porque el que tiene el poder y no lo ejerce es un obstáculo al que debiera ejercerlo; por último, porque *las fuerzas de los hombres reunidos se eliden y no se suman*. Tan cierto es esto, que con frecuencia sale una cosa muy mediocre de una asamblea compuesta de personas cada una de las cuales la habría sabido hacer mejor por sí

sola. «Los hombres, decía Galileo, no son como caballos atados á un carro que tiran todos juntos, sino como caballos libres que corren y uno de los cuales obtiene el premio» (1).

Este último pensamiento, es decir, que las fuerzas de los hombres unidos se eliden y no se suman, pensamiento que Gabelli enuncia en pocas palabras y que es para mí el más profundo y el más importante, ha sido desarrollado ampliamente, y con una precisión y una evidencia matemáticas, por Max Nordau, un hombre de ciencia que, á mi juicio, merece más renombre del que ha tenido. «Reunid, dice, veinte ó treinta Goëthe, Kant, Helmholtz, Shakespeare, Newton, etc., y someted á su juicio y sufragio las cuestiones prácticas del momento. Sus discursos serán quizá muy otros que los que pudiera pronunciar una asamblea cual-

(1) A. Gabelli: *La Istruzione in Italia*. Bolonia, Zanichelli, 1891, primera parte, pág. 257-258.

En otra página del mismo libro aplica Gabelli á un caso especial las ideas generales que yo he expuesto antes. Vale la pena de reproducir sus palabras: «En la elección de rector—escribe, á propósito de las Universidades—ocurre algunas veces, como en otras elecciones, una cosa extraña á primera vista, pero que no es tan difícil de explicar como parece. En otras elecciones, no es raro que los votos se acumulen sobre la persona que, en el momento de hacerla superior á sí mismo dándola el voto, tenga el votante la íntima convicción de valer más que ella. Lo mismo ocurre á veces con la elección del rector. Se elige á aquel que mortifica menos el amor propio, al que hace menos sombra, al más mezquino. A menudo se busca también al más tolerante, al más indulgente, al que vale menos, al más manejable, en fin, al hombre que tiene menos energía y menos voluntad y ha de saber imponerse menos. De aquí resulta que el elegido no tiene la confianza de los que le fueron contrarios, pero tampoco tiene la de los que le fueron favorables, cada uno de los cuales sabe muy bien por qué le dió su voto. Hasta ha ocurrido en ocasiones que, después de la elección, los que fueron favorables al elegido se inclinan menos en su favor que sus adversarios.»

quiera (aun cuando yo no respondo siquiera de esto); pero en cuanto á sus decisiones, tengo la seguridad de que no deferirán nada de las de una asamblea cualquiera. ¿Por qué esto? Porque cada uno de los veinte ó treinta elegidos, además de su propia originalidad, que lo convierte en un individuo excelente, posee el patrimonio de cualidades heredadas de la especie, que le hacen semejante, no solamente á su vecino en la asamblea, sino también á todos los individuos desconocidos que pasan por la calle. Se puede decir que todos los hombres en el estado normal tienen ciertas cualidades que constituyen un valor común, idéntico, igual á x , supongamos; valor que se aumenta en los individuos superiores con otro valor distinto para cada individuo, y que por eso deberá ser llamado de diferentes manera para cada uno de ellos: por ejemplo, igual á a , b , c , d , etc. Admitido esto, resulta que en una asamblea de veinte hombres, todos ellos genios de primer orden, tendremos 20 x y solamente 1 a , 1 b , 1 c , 1 d , etc., y necesariamente las 20 x vencerán á las a , b , c , d , aisladas; es decir, que la esencia humana vencerá á la personalidad individual, y la gorra del obrero cubrirá completamente el sombrero del médico y del filósofo» (1).

Después de estas palabras, que constituyen, á mi entender, un axioma intuitivo más bien que una demostración, fácil es comprender por qué, no solamente el Jurado y las comisiones, sino también las asambleas políticas, realizan á veces actos que contrastan de una manera absoluta con las opiniones y las tendencias

(1) Max Nordau: *Paradojas*, cap. III. Más adelante volveremos á ocuparnos de esta sutil explicación de Nordau, la cual, como se ve, tiene un *substratum* biológico de gran importancia.

individuales de la mayor parte de los miembros que las componen. Para convencerse de ello, basta con poner en el ejemplo de Nordau el número ciento ó doscientos en lugar del número veinte. Por lo demás, el buen sentido público había ya tenido la intuición de la observación puesta en claro por el filósofo alemán. Una antigua sentencia dice: *Senatores boni viri, senatus autem mala bestia*. Y el pueblo repite hoy esta observación y la confirma cuando dice, á propósito de ciertos grupos sociales, que considerados aisladamente, los individuos que los componen son personas honradas, pero encontrándose juntas son unos infames (1).

Si dejando estas reuniones, para la elección de cuyos miembros hay al menos un cierto criterio, descendemos á otras reuniones formadas al azar, como, por ejemplo, el auditorio de una asamblea, los espectadores en un teatro, el pueblo en las reuniones inopinadas que se forman en las plazas y calles públicas, veremos que el fenómeno que nos ocupa se manifiesta de nuevo y con más evidencia. Estas reuniones de hombres no reproducen ciertamente (todo el mundo lo sabe y no hay necesidad de demostrarlo) la psicología de los individuos que las componen.

No hay, por tanto, duda de que, con muchísima frecuencia, el resultado total que da una reunión de hombres es muy diferente del que, en rigor de lógica abstracta, debería resultar de la simple suma de cada uno de ellos; es decir, no hay duda de que muchas veces resulta desmentido en gran parte el principio spenceriano, según el cual «los caracteres del agregado son determinados por los caracteres de las unidades que lo componen.»

(1) E. Ferri: *Nuovi orizzonti*, segunda edición, pág. 484.

Enrique Ferri había presentido esta verdad cuando escribía: «La reunión de personas genéricamente capaces no es siempre una garantía segura de la capacidad total y definitiva; de la congregación de individuos de buen sentido puede resultar una asamblea que no lo tenga, como en la química, de la reunión de dos gases puede resultar un cuerpo líquido» (1).

Por esto es por lo que había notado que entre la psicología que estudia al individuo y la sociología que estudia una sociedad entera hay puesto para otra rama científica que podría llamarse *psicología colectiva*, la cual debería ocuparse precisamente de aquellas agrupaciones de individuos, como los jurados, las asambleas, los comicios, los teatros, etc., que en sus manifestaciones se apartan de las leyes de la psicología individual, igualmente que de las de la sociología (2).

Pero ¿cuál es la razón, independientemente del motivo ya notado por Max Nordau, por la que estas agrupaciones de hombres dan resultados que desmienten el axioma sentado por Spencer?

Las razones son muchas, porque las causas de todo fenómeno son siempre numerosas; sin embargo, en nuestro caso pueden reducirse á dos principales, á saber: que tales agrupaciones *no son homogéneas y son inorgánicas*.

Es evidente, y ni siquiera habría necesidad de advertirlo, que la analogía entre los caracteres del agregado y los de las unidades que lo componen no es posible sino cuando estas unidades son iguales, ó, para hablar con más exactitud, son muy semejantes entre

(1) Obra citada, pág. 483.

(2) Ferri, ob. cit., pág. 351, nota 1.^a

si. La reunión de unidades diferentes entre sí, no solamente no podría producir un agregado que reprodujese los varios caracteres de estas unidades, sino que ni siquiera podría producir agregado ninguno. Un hombre, un caballo, un pez y un insecto no pueden formar entre sí agregado alguno. Aquí ocurre lo mismo que tiene lugar en aritmética, donde, para poder hacer una suma, es preciso que las cantidades que se sumen sean todas ellas de la misma especie. No es posible adicionar libros con sillas ó monedas con animales; y si se quisiera hacer materialmente la suma, el resultado sería un número desprovisto de toda significación.

Ahora, si la analogía entre los caracteres de las unidades y los del agregado solamente es posible cuando estas unidades tengan al menos un cierto grado de semejanza entre sí (por ejemplo, que sean todos hombres), es muy fácil deducir como consecuencia lógica que tal analogía aumentará ó disminuirá según aumente ó disminuya la semejanza, la *homogeneidad*, entre las unidades que componen el agregado.

Una reunión cosmopolita no puede evidentemente reflejar en su conjunto los caracteres diversos de los individuos que la componen con la misma exactitud relativa que una reunión de individuos todos ellos italianos ó todos alemanes reflejaría en su conjunto los caracteres particulares de estos italianos ó de estos alemanes. Dígase lo mismo de un Jurado, en el cual la ciega suerte ha colocado á un droguero junto á un hombre de ciencia, en comparación con una asamblea de peritos. Dígase también lo mismo de un teatro en el cual hay individuos de toda condición y cultura. Y dígase así bien lo mismo de todas las numerosas y variadas reuniones de hombres, en comparación con las

que se componen de una sola clase, de un solo rango de personas. La heterogeneidad de los elementos psicológicos (ideas, intereses, gustos, hábitos) hace imposible en un caso aquella correspondencia entre los caracteres del agregado y los caracteres de las unidades que en el otro caso hace posible la homogeneidad de los elementos psicológicos.

Ni para establecer una analogía entre los caracteres del agregado y los de las unidades que lo componen basta que éstas sean muy semejantes entre sí, sino que es además preciso que estén ligadas entre sí por un vínculo permanente y orgánico.

En el ejemplo citado al principio de este libro notaba Spencer, como prueba de que las cualidades de un todo son determinadas por las cualidades de las partes que lo componen, que con ladrillos duros, bien cocidos y rectangulares, se puede construir, aunque sea sin cal, un muro de bastante altura; cosa que no puede hacerse con piedras irregulares.

Pero fácilmente se comprende que la posibilidad de construir el muro en el primer caso no depende tan sólo de que se empleen ladrillos en lugar de piedras informes, sino que depende también, y sobre todo, del hecho de que los ladrillos se colocan unos al lado de otros y unos sobre otros con cierto orden, esto es, que estén *sólidamente unidos* entre sí. Pues, en efecto, es claro que si se juntasen estos mismos ladrillos sin orden, de cualquier manera, el agregado que resultase se diferenciaría bien poco ó casi nada del que podría obtenerse amontonando piedras de diferentes formas y de varios tamaños.

Traslademos esta observación al campo sociológico, y sacaremos la conclusión de que las reuniones adventicias é inorgánicas de individuos—como las que se

dan en un Jurado, en un teatro, en una muchedumbre—no pueden reproducir en sus manifestaciones los caracteres de las unidades que los componen, lo mismo que la aglomeración confusa y desordenada de una cierta cantidad de ladrillos no puede reproducir la forma rectangular de cada uno de éstos. De la propia manera que, en este último caso, para construir un muro, es precisa la *unión estable* y la *disposición regular* de todos los ladrillos, así también en el primer caso, para que un agregado tenga las cualidades de los individuos que lo componen, es preciso que estos individuos estén unidos entre sí por vínculos *permanentes* y *orgánicos*, como sucede, por ejemplo, con los miembros de una misma familia ó con los individuos que pertenecen á la misma clase social (1).

No es, por tanto, sólo la *homogeneidad*, sino también la *unión orgánica* entre las unidades, lo que es necesario para que el agregado que forman reproduza sus caracteres.

(1) Al hablar Bentham de las asambleas políticas y del Jurado inglés, hacia notar la gran diferencia que hay entre las manifestaciones de los cuerpos políticos que tienen una existencia *permanente* y las manifestaciones de los cuerpos políticos que tienen una existencia *de ocasión* y *efímera*, y decía que los primeros dan más fácilmente que los segundos resultados que responden á los verdaderos intereses y á las verdaderas tendencias de sus miembros. Véase *Tactique des Assemblées politiques délibérantes*, extraits des manuscrits de J. Bentham por Et. Dumont, Bruselas, 1840, cap. II.

III

La conclusión simple y lógica que resulta de las observaciones antes hechas puede resumirse brevemente de la siguiente manera: El principio de Spencer, según el cual los caracteres del agregado son determinados por los caracteres de las unidades que lo componen, es perfectamente exacto y puede aplicarse en toda su extensión cuando se trate de agregados compuestos de unidades *homogéneas* y ligadas entre sí *orgánicamente*; pierde parte de su exactitud y sólo puede aplicarse de una manera bastante más limitada cuando se trata de unidades *poco homogéneas* y *poco orgánicas*; por fin, es absolutamente falso é inaplicable cuando los agregados están compuestos de unidades del todo *heterogéneas é inorgánicas*.

Esta evolución en la aplicabilidad del principio de Spencer á los agregados de hombres (1), nos indica claramente que á estos agregados homogéneos y orgánicos se les aplica las leyes de la sociología, las cuales

(1) El mismo Spencer lo había reconocido: «Recordaremos aquí—escribía en el capítulo III de la *Introducción á la ciencia social*—que los agregados sociales presentarán evidentemente tantas más propiedades comunes cuanto más propiedades comunes tengan todos los seres humanos considerados como unidades sociales».

hemos dicho son más complejas que las de la psicología individual, pero paralelas á ellas; mientras que á medida que los agregados van siendo menos homogéneos y menos orgánicos, va disminuyendo la posibilidad de aplicarles las leyes de la sociología, y van siendo reemplazadas por las leyes de la *psicología colectiva*, leyes que hemos dicho son completamente distintas que las de la psicología individual.

La psicología colectiva tiene, pues, una esfera distinta y sigue en su desarrollo una trayectoria diametralmente opuesta á la de la sociología; se extiende cuando ésta se retira, y sus leyes dominan allí donde las de la sociología pierden su imperio.

Cuanto más adventicia, accidental é inorgánica es una reunión de individuos, tanto menos aplicable le es el axioma de Spencer, y tanto más entra en la esfera de observación de la psicología colectiva.

Ahora, si no nos engañamos, entre los agregados de hombres más ó menos heterogéneos é inorgánicos que hemos mencionado, tales como el Jurado, los comicios, los teatros, las agrupaciones pasajeras y ocasionales de toda clase, el que más que ningún otro debe sustraerse á las leyes de la sociología y hallarse sometido á las de la psicología colectiva es, sin duda alguna, la muchedumbre.

La muchedumbre es, en efecto, un agregado de hombres *heterogéneo por excelencia*, puesto que se compone de individuos de todas las edades, de ambos sexos, de todas las clases y condiciones sociales, de todos los grados de moralidad y de cultura; é *inorgánico por excelencia*, porque se forma sin acuerdo anterior, de improviso, instantáneamente.

El estudio de la psicología de la muchedumbre será, pues, el estudio de la *psicología colectiva* en el fenó-

meno que, mejor que ningún otro, podrá dar á conocer sus leyes y poner en claro su manera de obrar.

Esto es lo que nosotros vamos á hacer modestamente en el presente libro, á fin de podernos dar cuenta exacta de la naturaleza y del peligro social de los delitos cometidos por la muchedumbre.

CAPÍTULO PRIMERO

Psico-fisiología de la muchedumbre.

El problema de la responsabilidad penal es relativamente sencillo cuando el autor del delito es una sola persona; se complica cuando en un delito intervienen varias personas; porque en este caso hay que determinar la participación de cada una en la acción criminal; y es una cuestión de solución difícilísima cuando los autores del delito no son ya algunos ni muchos, sino un número grandísimo, indefinido, de individuos, un número que no puede precisarse; en una palabra, cuando el delito es obra de una muchedumbre.

La represión jurídica, fácil en el primer caso, poco más difícil en el segundo, adquiere en el último la apariencia de una imposibilidad casi absoluta, porque no pueden hallarse los verdaderos culpables para castigarlos.

¿Con qué criterio procederemos en este caso?

O con el criterio, estúpidamente soldadesco, de la diezma, ó sea castigando á aquellos pocos individuos que los agentes de la fuerza pública consiguieron detener, no siempre con razón, en medio de la confusión y del miedo; ó con el criterio más lógico, mas no por eso completamente justo, de Tarquino, el cual

creía vencer á sus enemigos *cortando las cabezas de las más altas papaveráceas*, esto es, en nuestro caso, las de los instigadores, que en una muchedumbre no faltan nunca.

Colocados entre estas dos ilógicas é insuficientes soluciones, no pocas veces los jueces populares absuelven á todos, confirmando así el dicho de Tácito, según el que, «cuando muchos pecan, no se castiga á ninguno». Este es uno de los casos en que, como diría Pelegrín Rossi, se llega á la impunidad por la vía del absurdo.

Pero, ¿es justa la impunidad? Y si lo es, ¿en virtud de qué razones? Si no lo es, ¿cuál será el medio adecuado para reaccionar contra los delitos cometidos por una multitud?

El objeto de este estudio es contestar á tales preguntas.

I

La escuela penal clásica no se ha preguntado nunca si el delito de una muchedumbre debería castigarse lo mismo que el delito de un individuo que obrara por sí solo. Y es muy natural que así sucediera. A ella le bastaba con estudiar el delito como *entidad jurídica*; el delincuente quedaba relegado á segundo término; era una incógnita que no se quería ni se sabía despejar. Le importaba poco que un delincuente fuese hijo de epilépticos ó de alcoholistas, en lugar de serlo de hombres sanos; que procediera de una raza ó de otra, que hubiera nacido en un clima tórrido ó en un clima

frío; que hubiera observado antes del delito buena ó mala conducta. Debía, por tanto, importarle también muy poco el conocer las condiciones en que el delito hubiera sido cometido. Obrara él solo ó en medio de una turba que lo instigara y lo embriagara con sólo sus gritos, era siempre y únicamente su libre albedrío quien lo había llevado al delito. En ambos casos era idéntica la causa, é idéntica debía ser, por tanto, también la punición.

Una vez admitido el principio, el razonamiento no podía ser más lógico; pero una vez que el principio cayera, por necesidad caería también el razonamiento. Esto es lo que sucedió.

La escuela positiva, al demostrar que el libre albedrío es una ilusión de la conciencia, y al descubrir el mundo, hasta entonces desconocido, de los factores antropológicos, físicos y sociales del delito, elevó á principio jurídico la idea, que ya había sido inconscientemente sentida por todos, pero que no podía hallar puesto entre las rígidas fórmulas de los juristas, de que el delito cometido por una muchedumbre debe ser juzgado de diferente manera que el cometido por un solo individuo, porque en uno y otro caso es diferente la participación que toman el factor antropológico y el factor social.

Pugliese fué el primero que expuso en un breve opúsculo (1) la doctrina de la responsabilidad penal en el delito colectivo. Concluía su trabajo sosteniendo la semiresponsabilidad de todos los que cometen un delito arrastrados por el movimiento de una muchedumbre. «Cuando quien se rebela, escribía el autor, es una muchedumbre, un pueblo, el individuo no obra

(1) *Del delitto colettivo*. Trani, 1887.

como individuo, sino que es como una gota de agua en un torrente que se desborda, y el brazo que le sirve para herir no es más que un instrumento inconsciente» (1).

Completando, quizá, el pensamiento de Pugliese, y tratando de dar, por medio de un símil, la razón antropológica de su teoría, yo comparé posteriormente (2) los delitos cometidos en la impetuosidad de una turba al delito cometido por un individuo cegado por la pasión.

Pugliese había dado el nombre de *delito colectivo* al fenómeno extraño y complejo de una muchedumbre que comete un delito, arrastrada por la fascinadora palabra de un demagogo, ó exasperada por un hecho que sea, ó que á ella le parezca que es, una injusticia ó un insulto dirigido á ella. Yo he preferido llamarlo simplemente *delito de la muchedumbre*, porque, á mi juicio, hay dos formas del *delito colectivo* que hay que distinguir bien: hay el *delito por tendencia congénita de la colectividad*, en el cual están comprendidos el *bandidaje*, la *camorra* y la *maffia*; y hay el *delito por pasión de la colectividad*, representado cabalmente por los delitos cometidos por una muchedumbre. Aquél es análogo al delito del criminal nato, éste, al delito de un delincuente de ocasión. El primero es siempre premeditado; el segundo, nunca. En el primero la preponderancia le corresponde al factor antropológico; en el segundo domina el factor social. El uno revela en sus autores una temibilidad constante y gravísima; el otro, una temibilidad momentánea, ocasional y no grave.

(1) Obra citada.

(2) Ver *La Complicità*, en el *Archivio di Psichiatria*, etc. vol. XI, fasc. 3-4.

La semiresponsabilidad pedida por Pugliese para los delitos cometidos por una muchedumbre era, pues, justa, si no en sí misma, sí como medio de llegar al fin que se proponía.

Con nuestro Código (1), y en un caso particular (como fué el que ofreció á Pugliese la ocasión para formular su teoría) (2), no puede alcanzarse el fin de hacer que se castigue los delitos cometidos por una muchedumbre con más indulgencia que se castigan los delitos de simples individuos, de ninguna manera mejor que invocando la semiresponsabilidad.

Pero, científicamente hablando, la semiresponsabilidad es un absurdo, sobre todo para nosotros, los positivistas, que sostenemos que todo hombre es siempre enteramente responsable de sus actos (3).

La teoría positiva debe fundamentarse de distinta manera.

Nosotros no debemos indagar si los autores de un delito cometido en el ímpetu de una muchedumbre son responsables ó semiresponsables, viejas fórmulas de conceptos equivocados; únicamente debemos ver cuál sea la forma especial y adecuada de reaccionar contra ellos.

Este es el problema que procuraremos resolver.

(1) Yo aquí me refiero al Código italiano, pero mi razonamiento puede aplicarse lo mismo al Código penal español.

(2) Hay una sentencia del tribunal de Bari, en la cual se concedió, de acuerdo con la petición del abogado Pugliese, la semiresponsabilidad á los acusados de delitos cometidos en el paroxismo de la turba.

(3) Véase sobre este punto los *Nuovi orizzonti*, de Enrique Ferri, 2.^a ed., páginas 128 y siguientes. Los positivistas franceses (y especialmente Tarde) no admiten que «el hombre sea siempre responsable de toda acción antijurídica realizada por él mismo», y sostienen que hay casos de *irresponsabilidad*. En el capítulo III veremos qué valor tiene esta teoría.

II

Antes de definir una enfermedad y de proponer los remedios para la misma, es preciso hacer el diagnóstico. Antes de discutir qué cosa sea el delito de una muchedumbre, y de indicar los medios de reprimirlo, debemos estudiarlo en sus manifestaciones.

Examinaremos, pues, ante todo, cuáles son los sentimientos que impulsan á obrar á una muchedumbre, y daremos, si es posible, una explicación de su extraña psicología.

«Una muchedumbre—escribe M. Tarde—es un agregado de elementos heterogéneos, desconocidos los unos á los otros, y, sin embargo, no bien una chispa de pasión, que brote de cualquiera de ellos, electriza á este montón de individuos, se produce súbitamente una especie de organización, algo así como una generación espontánea.

»La incoherencia se cambia en cohesión; el confuso rumor se convierte en voz clara y distinta, y de pronto aquel millar de hombres que antes tenían distintos sentimientos y distintas ideas, no forman más que una sola bestia, una fiera innominada y monstruosa que marcha hacia su fin con una finalidad irresistible.

»La mayoría había venido por pura curiosidad, pero la fiebre de algunos pocos se ha apoderado rápidamente del corazón de todos, y en todos se eleva igual-

mente hasta el delirio. Aquel que había precisamente venido con el fin de oponerse al asesinato de un inocente es uno de los primeros sorprendidos por el contagio homicida, y, lo que es más extraño, ni siquiera le ocurre la idea de maravillarse de ello (1)».

Lo incomprendible de la muchedumbre está precisamente en esta su organización subitánea. No existe en la muchedumbre la preexistencia calculada de un fin común; por consiguiente, no es posible—como lo observa un anónimo, en el periódico *The Lancet*—que tenga verdaderamente una voluntad colectiva, determinada por las facultades elementales más elevadas de todos los cerebros que formen parte de ella. Y sin embargo, vemos una unidad de acción y de propósito en medio de la variedad infinita de sus movimientos, y sólo oímos una sola nota, si así puede decirse, en medio de la discordancia de sus mil voces (2). El mismo nombre colectivo de *muchedumbre* indica que las particulares personalidades de los individuos que forman parte de ella se concentran y se identifican en una sola personalidad; hay, pues, que reconocer forzosamente en la muchedumbre, aun cuando no se pueda explicar, la acción de *algo* que sirve provisoriamente de pensamiento común. «Este *algo* no es el entrar en escena las más bajas energías mentales y no puede aspirar al rango de verdadera facultad intelectual; no puede, pues, encontrarse para definirlo otro nombre sino el de *alma de la muchedumbre* (3)».

(1) G. Tarde: *La Philosophie pénale*, pág. 320, Paris-Lyon, 1890. Flaubert, el profundo psicólogo, tiene también páginas admirables sobre la multitud.

(2) «Une foule a la puissance simple et profonde d'un large unisson». G. Tarde, ob. cit., pág. 321.

(3) De un estudio publicado por el periódico de medicina *The*

Pero ¿qué es lo que produce este alma de la muchedumbre? ¿Surge por milagro? ¿Es un fenómeno cuyas causas se debe renunciar á descubrir, ó tiene su base en alguna facultad primordial del hombre? ¿Cómo se explica que una señal, una voz, un grito lanzados por uno solo, arrastren inconscientemente á todo un pueblo y lo conduzcan no pocas veces aun hasta los excesos más horribles?

«Es la facultad de la imitación—contesta Bordier,—la cual, como la difusión en un medio gaseoso tiende á equilibrar la tensión de los gases, tiende á equilibrar el ambiente social en todas sus partes, á destruir la originalidad, á uniformar los caracteres de una época, de una nación, de una ciudad, de un pequeño círculo de amigos. Todo hombre se halla individualmente dispuesto á la imitación, pero esta facultad llega á su *maximum* en los hombres reunidos: prueba de ello son los salones de espectáculos y las reuniones públicas, donde un solo aplauso ó un solo silbido bastan para enardecer á los presentes en un sentido ó en otro (1)».

Y es una verdad incontestable é incontestada que la tendencia del hombre á imitar es una de las tendencias más fuertes de su naturaleza (2). Basta observar á nuestro alrededor para advertir que el mundo social no es más que un tejido de *similitudes*: similitudes que son producidas por la imitación bajo todas sus formas, imitación-moda ó imitación-costumbre, imita-

Lancet. Véase: *Contribuzione alla dottrina della responsabilità penale nel delitto colettivo*, por Pugliese, en la *Rivista di Giurisprudenza*, de Traui, año 1889.

(1) L. Bordier: *La Vie des Sociétés*. Paris, 1888, pág. 76.

(2) Véase á este propósito G. Tarde: *Les Lois de l'imitation*, Paris, Alcan, 1890.

ción-simpatía ó imitación-obediencia, imitación-instrucción ó imitación-educación, imitación-espontánea ó imitación-refleja (1).

Bajo cierto respecto, podría compararse á la sociedad con un gran lago tranquilo en el cual se arroje de tiempo en tiempo una piedra: las ondas se dilatan y se propagan cada vez más desde el punto en que la piedra cayó hasta la orilla. Lo mismo sucede con el genio en el mundo: lanza una idea en medio de la calma malsana de las inteligencias mediocres, y esta idea, poco apreciada desde luego y poco seguida, se va después extendiendo como la onda del lago.

Los hombres, ha dicho Tarde, son una manada de ovejas entre las cuales se ve nacer alguna vez una oveja loca—el genio—la cual, por la sola fuerza del ejemplo, obliga á las otras á seguirla (2).

En efecto, todo cuanto existe y es obra del hombre, desde los objetos materiales hasta las ideas, no es otra cosa sino la imitación ó la repetición modificada de una idea inventada en otro tiempo por una individualidad superior. Así como todas las palabras de nuestro diccionario, que son actualmente comunes, eran en otro tiempo neologismos, así también todo lo que hoy es ordinario era en otro tiempo único y original.

Y la originalidad—ha dicho muy ingeniosamente Max Nordau—no es otra cosa sino la *primera* vulgaridad. Si esta originalidad no tiene en sí misma condiciones de vida, los imitadores no existen y la originalidad muere en el olvido, lo mismo que cae en el vacío una comedia que haya sido silbada en la noche del estreno; si, por el contrario, tiene un gran ger-

(1) G. Tarde, ob. cit., cap. I.

(2) G. Tarde, ob., cit.

men bueno y útil, los imitadores aumentan hasta el infinito, como las representaciones de un drama vital.

El fondo de las ideas que hoy despreciamos por demasiado vulgares y comunes y porque corren en boca de todo el mundo, se halla formado por las intuiciones—en otro tiempo admirables y ya hoy viejas—de los filósofos de la antigüedad; y los lugares comunes de los discursos más ordinarios han comenzado su carrera como ráfagas brillantes de originalidad (1).

Así sucede en la historia con las cosas grandes y durables; así sucede también en la crónica con las pequeñas cosas de la vida diaria y modesta. Todo el mundo, las personas serias como las frívolas, los viejos lo mismo que los jóvenes, los instruidos igual que los ignorantes, todos ellos obedecen, aunque en grado distinto, al instinto de imitar cuanto ven, cuanto oyen, cuanto saben. Las llamadas *corrientes de la opinión pública*, lo mismo en la política que en los negocios, son siempre determinadas por este instinto. Hoy veis á los políticos y á los hombres de bolsa todos ellos entusiastas, emprendedores, llenos de vigor, prontos á comprar, prontos á dar órdenes; una semana más tarde, los veís abatidos, desilusionados, cansados, impacientes por vender. Si buscáis las razones de este ardor y de este abatimiento, difícilmente llegaréis á encontrarlas, y si conseguís descubrirlas, veréis que tienen efectivamente poco valor. Realmente, quien ha producido estas corrientes de opinión no ha sido el raciocinio ni la lógica, sino el instinto de imitación. Ha ocurrido primeramente algo que se ha tenido por cosa de buen augurio; entonces, los optimistas, los espíritus ardien-

(1) Max Nordau: *Paradoxes*, ed. ital., pág. 75. Véase también J. Stuart Mill: *La Libertà*, ed. ital., Turin, 1865, pág. 97 y siguientes.

tes, aquellos que siempre son audaces y confiados, se han puesto á gritar alto, y el público ha tomado después de ellos el mismo tono. Algunos días después, cuando comenzaban á cansarse de verlo todo de color de rosa, ha ocurrido algo que se ha tenido por cosa de mal augurio, y entonces los pesimistas, aquellos que siempre temen y que son siempre prudentes, han comenzado á discurrir, y lo que ellos decían lo han repetido todos los demás (1).

Y lo que ocurre en la política y en los negocios, ocurre en todas las formas de la actividad humana. Desde la forma del vestido hasta la forma de gobierno, desde las acciones honradas hasta los delitos, desde el suicidio hasta la locura, todas las manifestaciones de la vida—las de importancia mínima como las más grandes, las más dolorosas como las más alegres—son un producto de la imitación (2).

(1) Véase Bagehot, ob. cit., pág. 104 y sig.

(2) Al afirmar la universalidad del instinto de imitación, me parece á mí que se sostiene implícitamente la existencia del *misonismo* en la naturaleza humana. M. Tarde, que tan bien ha explicado las leyes de la imitación, cree, por el contrario, que éstas contradicen el misonismo, porque, dice él, si se imita todo y siempre, se debe imitar, no solamente lo viejo, sino también lo nuevo. Ahora, yo no niego que una parte de nuestras imitaciones sea determinada por el *amor de lo nuevo*; pero niego que la existencia de este *filonismo* excluya la del *misonismo*. La mayoría es *misonista* con respecto á una innovación importante y es *filonista* con respecto á una innovación de poquisima ó de ninguna importancia. Los dos fenómenos proceden separada y paralelamente; no es, por tanto, posible confundirlos. Y no habria necesidad de añadir nada más, si no me urgiera rebatir una observación, en apariencia muy sutil, que Tarde ha hecho á Lombroso (*Le Délit politique*, en la *Revue scientifique*, de Octubre, 1890.)

«Como ejemplo de misonismo nacional—escribe Tarde—cita Lombroso al pueblo francés, el cual, desde los tiempos de Strabón, ha continuado siendo el mismo, vano, belicoso, *amante de*

Es, por tanto, natural que esta facultad, que es innata en el hombre (1), no solamente despliegue su eficacia, sino que la redoble y la centuple en medio de una muchedumbre, allí donde todas las imaginaciones están excitadas y donde la unidad de tiempo y de lugar apresura de un modo extraordinario y hace casi fulminante el cambio de impresiones y de sentimientos.

Pero decir que el hombre *imita* es en nuestro caso una explicación insuficiente. Lo que importa saber es *por qué* el hombre imita; es decir, que necesitamos una explicación que no se detenga ante la causa superficial, sino que descubra la causa primera del fenómeno.

las novedades. La contradicción es aquí tan palmaria, que hay que atribuirla á un *lapsus calami*.»

Mas la contradicción no existe, si se reflexiona en la distinción antes hecha. Una nación puede ser al mismo tiempo *misonista* y *amante de las novedades*, como puede serlo una señora que gusta de cambiar su tocado según la moda y permanece incrédula frente á los descubrimientos de la ciencia, mostrándose ofendida cuando se le dice que la religión no es más que un conjunto de prejuicios.

(1) Y en los animales, hay que añadir.

«En la *Evolución mental de los animales*, por Romanes, hay un capítulo muy interesante consagrado al influjo de la imitación sobre la formación y el desarrollo de los instintos. Este influjo es bastante más grande y más extenso de lo que se cree. No solamente se imitan los individuos de la misma especie, parientes ó no parientes (muchos pájaros cantores necesitan que sus madres ó sus compañeros les enseñen á cantar), sino que también los individuos de especies diferentes se roban particularidades útiles ó insignificantes. Aquí se manifiesta la necesidad profunda de imitar por imitar, fuente primera de nuestras artes. Darwin ha observado que algunas abejas tomaron de un abejorro la ingeniosa idea de chupar ciertas flores perforándolas por los lados. Hay pájaros, insectos y algunas bestias de genio; y el genio, aun en el mundo animal, puede contar con cierto éxito. Solamente que estos diseños sociales abortan por falta de lenguaje.» (Véase Tarde, ob. cit.)

Muchos escritores, al observar que la imitación reviste á veces formas agudas, tanto por la intensidad como por la extensión con que se difunde, y al ver, además, cómo en ciertos casos es inconsciente, más bien que voluntaria, han intentado explicarla recurriendo á la hipótesis del contagio moral.

«Hay en los fenómenos de la imitación—decía el doctor Ebrard—algo de misterioso, una especie de atracción que no podría compararse sino al instinto ciego y poderoso que nos constriñe, casi sin saberlo nosotros, á repetir los actos de que hemos sido testigos y que han impresionado vivamente nuestros sentidos y nuestra imaginación. Esta acción es tan general y tan verdadera, que todos, más ó menos, sufrimos su influjo. Hay una especie de fascinación contra la cual no pueden defenderse ciertos espíritus débiles (1).»

Joly escribía, de un modo aún más explícito: «La imitación es un verdadero contagio, que tiene su principio en el ejemplo, como la viruela tiene su contagio en el virus que la transmite; y así como hay en nuestro organismo enfermedades que no esperan para desarrollarse más que una pequeña causa, así también hay en nosotros pasiones que permanecen mudas mientras la razón las domina, y que pueden despertarse y estallar por el solo hecho de la imitación (2).»

Despine, Moreau de Tours, y luego muchísimos otros, se unieron á Ebrard y á Joly (3), afirmando todos ellos concordemente que el contagio moral es tan seguro como el de ciertas enfermedades físicas.

(1) Ebrard: *Le Suicide considéré au point de vue médical, philosophique, etc.*, cap. VII.

(2) Joly: *De l'imitation*, en la *Union médicale*, tomo VIII, pág. 369, año 1869.

(3) El doctor Próspero Despine, en sus dos trabajos *De la con-*

«Lo mismo—decía Despinae—que la resonancia de una nota musical hace vibrar la misma nota en todas las cuerdas de armonía que, siendo susceptibles de dar esta nota, se encuentran sometidas á la influencia del sonido emitido, de la propia manera la manifestación de un sentimiento, de una pasión, excita el mismo sentimiento instintivo, lo pone en actividad, lo hace vibrar, por decirlo así, en todo individuo susceptible por su constitución moral de experimentar con más ó menos viveza este mismo elemento instintivo (1).»

Y con esta metáfora, feliz si no profunda, y que ilustraba la hipótesis del contagio moral, muchos creyeron poder explicar, no solamente los casos comunes, naturales y constantes de la imitación, sino también,

tagion morale, 1870, y *De l'imitation considérée au point de vue des différents principes qui la déterminent*, 1871; Moreau de Tours, en el volumen *De la contagion du suicide à propos de l'épidémie actuelle*—Thèse de Paris, 1875, y en la breve comunicación: *Un mot sur la contagion du crime et sa prophylaxie*, en la *Union médicale*, tomo XXII, núm. 88.—Antes que ellos, habian aludido, al fenómeno del contagio moral, La Roche-foucauld (*Maximes*); al fenómeno del contagio moral en el suicidio, Brierre de Boismont en su libro *Du suicide et de la folie suicide*, Paris, 1865, segunda edición, pág. 258 y siguientes, y habian hablado del contagio de la locura Calmeil y Próspero Lucas, el primero en su obra, aun hoy nueva, *De la folie considérée sous le point de vue pathologique, philosophique, etc.* Paris, 1845, y el segundo en el opúsculo *De l'imitation contagieuse ou de la propagation sympathique des nevroses et des monomanies*, Paris, 1863.

Recordaré, á título de curiosidad, que en 1866 Emilio Augier hizo representar una comedia intitulada *La Contagion*. En nuestros días, la idea del contagio moral ha llegado á ser una idea común, y hasta acaso se haya abusado de ella. Bastará con citar aqui á Caro en sus *Mélanges et portraits*, I, pág. 247, y más todavía á Aubry en su hermoso libro *La Contagion du meurtre*, Paris, Alcan, 1888.

(1) Despinae: *De la contagion morale*, pág. 13.

y sobre todo, los casos más raros y más extraños, las verdaderas *epidemias* que se desarrollan de cuando en cuando respecto de uno ó de otro fenómeno.

Así, se atribuían al contagio moral las epidemias de suicidios que seguían á un suicidio célebre que había interesado vivamente y conmovido la opinión pública (1); así se decía que eran debidos al contagio moral todos los delitos que se cometían después de un crimen atroz de que todos los periódicos habían hablado (2); así se creía que eran debidas al contagio moral las epidemias políticas y religiosas que levantaban de pronto á los pueblos, por virtud de la palabra ar-

(1) La eficacia del contagio en el suicidio es más evidente quizá que en ningún otro fenómeno. Conocido es el caso de aquellos quince inválidos que en 1772 se ahorcaron sucesivamente y en un breve espacio de tiempo, colgándose de una viga que se encontraba en un callejón muy oscuro de la casa donde vivían. Sabido es también cómo, después que un *lord*, cansado de la vida, se arrojó al cráter del Vesubio, muchos otros ingleses siguieron su ejemplo. Podríamos citar muchos otros hechos semejantes. Véanse en las obras ya citadas de Ebrard y de Brierre de Boismont, y en la de Morselli: *Il Suicidio*, Milán, Dumolard, 1879.

(2) Cuanto á la epidemia de los delitos, no creo que haya necesidad de probarla con ejemplos. Todo el mundo debe haberla experimentado por sí mismo en no pocos casos.—Ver sobre esto, además de los autores modernos conocidos, Despine: *Psychologie naturelle*, vol. III, páginas 368 y siguientes.—Bastará con recordar aquí las dos epidemias de homicidios y de lesiones, verificados con el revólver ó con el vitriolo, por las mujeres contra sus amantes; epidemias que tuvieron lugar en Francia, especialmente después que Maria Bière, en 1880, mató de tres tiros de revólver á su seductor, que la había abandonado, y después que Clotilde Andral, también en 1880, desfiguró á su amante con el vitriolo. Ver la colección de *Causes criminelles et mondaines*, de A. Bataille.—Recuerdo á este propósito que, según el profesor Brouardel, el punto de partida de la serie de delitos *al vitriolo* sería una novela de A. Karr, en la cual se lee la historia de un marido traicionado que se venga, desfigurando á su mujer con el vitriolo.

diente de un tribuno entusiasta ó de la mala fe de un demagogo.

Así también podremos, con mayor razón, atribuir al contagio moral las manifestaciones imprevistas, y al primer aspecto incomprensibles, de la muchedumbre.

Pero ¿puede satisfacernos esta explicación? ¿Difiere acaso el *contagio moral* de la *imitación* en otra cosa que en su expresión verbal?

Fácilmente se comprende que para que la explicación nos satisfaga, es necesario saber cómo y por qué medio se propaga el contagio moral. De otra manera, no habremos adelantado un paso.

M. Tarde ha comprendido esta necesidad, y hace ya más de diez años que ha formulado la hipótesis (1), entonces nueva y muy aventurada, de que el contagio moral tiene su causa en el fenómeno de la sugestión.

«Sea cualquiera—escribía Tarde—la función celular que provoque el pensamiento, no puede dudarse que se reproduce, que se multiplica en el interior del cerebro á cada instante de nuestra vida mental, y que á cada percepción distinta corresponde una función celular distinta. Es la continuación indefinida, inagotable de estas irradiaciones entrecruzadas, que constituye, ora tan sólo la memoria, ora el hábito, según que la repetición multiplicante de que se trata haya quedado encerrada en el sistema nervioso, ó que, desbordándose, se haya apoderado del sistema muscular. La memoria es, si se quiere, un hábito puramente nervioso, y el hábito es una memoria muscular (2).»

(1) En la *Revue philosophique* de Noviembre de 1884, en el artículo *Qu'est-ce qu'une société?* En la primera edición de este libro no pude citar á Tarde porque aún no había leído su artículo. Ahora reparo mi involuntario olvido.

(2) Tarde, art. cit.

Ahora (resumo la idea de Tarde), puesto que toda idea ó imágen de que se tiene recuerdo ha sido primitivamente depositada en nuestro cerebro por una conversación ó por una lectura; puesto que toda acción habitual trae su origen de la vista ó del conocimiento de una acción análoga realizada por otra persona, resulta que antes de ser una imitación involuntaria de sí mismo en sí mismo, ha sido una imitación más ó menos voluntaria del mundo exterior.

Por consecuencia, considerada desde el punto de vista psicológico, toda la vida intelectual no es otra cosa que una sugestión de célula á célula en el cerebro; considerada más á fondo, en su causa primera y desde el punto de vista social, no es más que una sugestión de persona á persona.

Esta teoría, que ha recibido la aprobación de gran número de ilustres filósofos (1) y que á mí me parece admirable en su profunda sencillez, no ha podido hallar inmediatamente muchos discípulos para divulgarla; pero ha tenido el honor de ver surgir, después de algún tiempo, aquí y allá, otras teorías que la reproducen en lo sustancial, aun cuando sus autores no la hayan conocido.

Tal sucede, por ejemplo, con la teoría de Sergi, el cual, en su opúsculo titulado *Psicosi epidemica*, desarrolla espontáneamente ideas semejantes á las de Tarde, las cuales le eran desconocidas.

Sergi, aun reproduciendo la doctrina de Tarde, tiene el mérito de no haberse detenido en las meras genera-

(1) Citaremos, entre otros, á Taine, á Ribot y á Espinas. M. Taine le escribía á Tarde diciendo que su teoría era la llave que *abría casi todas las gavetas*.—Ver, á propósito del libro de Tarde, *Les Lois de l'imitation*, una polémica entre el autor y Julio Fioretti, en *La Scuola positiva*, t. 1, números 7, 9 y 10.

lidades y en la indecisión del filósofo francés; sino que expone más claramente, y de una manera más precisa, lo que podría llamarse la *base física* de la sugestión; por lo que me parece útil reproducir aquí sus propias palabras.

«La psiquis—dice Sergi—es un modo general de actividad, idéntico á toda otra actividad orgánica, sin excepción alguna. Los que conocen este modo de actividad saben que todo tejido orgánico entra en acción por medio de estimulantes: cuando es excitado por un agente exterior, entra en acción con una respuesta correspondiente á la naturaleza y á la energía del estímulo. Buen ejemplo de ello es el tejido muscular, el cual solamente se contrae en los músculos especiales cuando una excitación exterior viene á despertar su aptitud. Lo mismo sucede con la psiquis, considerada en sus órganos: no tiene nada de espontáneo, nada de autónomo; entra en actividad por virtud de estímulos recibidos y se manifiesta exteriormente, conforme á la naturaleza de estos estímulos.

»Llamo *receptividad* la aptitud para recibir las impresiones que vienen del exterior; llamo *reflexión* la aptitud para manifestar la actividad excitada, según las impresiones recibidas. Ambas condiciones pueden ser incluidas en una ley fundamental, *receptividad reflexiva* de la psiquis.

»Los alienistas, de algún tiempo á esta parte, se ocupan bastante del fenómeno de la sugestión en el hipnotismo, y, en general, han creído que la misma no tiene lugar más que en el estado hipnótico de los sujetos; pero no se han percatado de que su *sugestión* es un fenómeno más agudo de la condición fundamental de la psiquis, la *receptividad*, análogamente á lo que suele suceder en todos los estados morbosos, en

los cuales los fenómenos adquieren una forma exagerada y se presentan con más evidencia que en estado normal. La sugestión hipnótica no hace más que manifestar la disposición de la psiquis, sus condiciones fundamentales, por virtud de las cuales obra y se mueve. La sugestión es relativa á la *receptividad* descrita, y referible á la ley general del organismo, el cual no entra en actividad espontáneamente, sino por estímulos recibidos (1).»

Por tanto, según Sergi, como según Tarde, toda idea, toda emoción del individuo no es más que un *reflejo*, por decirlo así, del impulso exterior recibido. Nadie, pues, se mueve, nadie obra, nadie piensa sino en virtud de una *sugestión*, que puede provenir de la presencia de un objeto, de la audición de una palabra ó de un sonido, de un movimiento cualquiera que haya tenido lugar fuera de nuestro organismo. Y esta sugestión puede tener lugar sobre un solo individuo, sobre varios, sobre muchos ó sobre muchísimos, y puede propagarse lejos como una verdadera epidemia entre las gentes, dejando á algunos perfectamente inmunes, tocando á otros de un modo benigno, y cebándose en otros con gran violencia. En este último caso, los fenómenos á que da lugar, por extraños y terribles que sean, no son otra cosa que el grado último, la expresión más aguda del simple é inadvertido fenómeno de la sugestión, que es la causa primera de todas y de cada una de las manifestaciones de nuestra psiquis. No varía más que la intensidad, pues la naturaleza del fenómeno es siempre la misma.

Por esta feliz intuición, Tarde y Sergi hacen de la

(1) G. Sergi: *Psicosi epidemica*, Milán, Dumolard, 1889, página 4.

imitación de un gran número un fenómeno igual, aunque más agudo, al de la imitación de uno solo, refiriendo la imitación epidémica á la imitación esporádica, y explican una y otra sirviéndose de la sugestión, cuyas causas y condiciones revelan.

Esta teoría la vemos confirmada por todas las formas y especies de la actividad humana.

¿Quién podrá negar á la relación que existe entre el maestro y el discípulo y á la imitación del uno con respecto al otro, imitación que proviene de la simpatía y de la admiración involuntarias é instintivas, el carácter de una verdadera sugestión? ¿Y quién podrá negar que esta relación, establecida primeramente entre dos personas, es la forma primitiva y embrionaria, si así puede decirse, de aquella sugestión que después se establece entre uno y muchísimos, entre el jefe de una escuela científica, política ó religiosa y sus discípulos, sus adeptos, sus correligionarios? ¿Quién no conoce que esta sugestión epidémica es el último grado de aquella sugestión aislada?

¿Y quién no sabe y confiesa que esta sugestión epidémica puede aumentar en extensión y en intensidad cuando la favorecen las especiales condiciones del ambiente ó los caracteres particulares de aquel ó de aquellos que la provocan y la mantienen viva?

Las sectas religiosas y políticas han llegado á veces hasta el punto de convertirse en verdaderas locuras epidémicas; y desde los santones árabes é indianos, hasta los demonomaníacos de la Edad Media, cuyos últimos retoños se encontraron no hace mucho en Italia (1): desde los ladradores, desde los perfeccionistas,

(1) Me refiero á la epidemia convulsiva de que fueron invadidas, en 1878, las mujeres de la pequeña aldea de Verzenis, en

desde los sacudidores de la América del Norte (1), hasta los stundistas, los cholaputes y los scopzi de la Rusia (2); desde las turbas capitaneadas por Judas el Gaulonita y por Teuda, que preludiaron la revolución de Cristo (3), hasta aquellos que, impulsados por un extraño y morboso fetichismo por Klopstock, preludiaron el renacimiento alemán (4), tenemos una variedad indefinida de epidemias morales, de *psicosis epidémicas* que nos sorprenden al primer golpe de vista por las atrocidades y las infamias que cometieron, pero que, bien miradas, no son en el fondo otra cosa sino la exageración patológica del fenómeno de la sugestión, que es la ley más universal del mundo social.

Y así como en terreno de la vida normal se puede uno remontar desde la sugestión de un solo individuo sobre otro, de un maestro sobre su discípulo, de un fuerte sobre un débil, á la sugestión de uno solo sobre

el Friuli, excitadas por las predicaciones de un energúmeno y por las prácticas religiosas. Ver á este propósito: Franzolini: *La epidemia di demonopatía in Verzenis*, en la *Rivista sperimentale di freniatria e di medicina legale*, Reggio, 1878. Podrían citarse otras epidemias semejantes, como la de Lazzaretti, etc.

(1) Véase C. Lombroso y R. Laschi, *Delitto politico*, Turin, Bocca, 1890, pág. 130.

(2) Son sectas de individuos más ó menos exaltados y enfermos, que acompañan al movimiento nihilista en Rusia. Los *stundistas* quieren que todo sea común; los *cholaputes* son extáticos adoradores de los espíritus santos; los *scopzi* se castran. Véase Tsakni: *La Russie sectaire*.

(3) Véase Renán: *Les Apôtres*. Milán, 1866.

(4) Véase Lombroso y Laschi, ob. cit., pág. cit. Es oportuno notar que este tiempo de locura que precedió al renacimiento en Alemania recibió el nombre de *Sturmisch*, ó *Periodo de la tempestad*. La lengua alemana confirma aun en esto su reputación de lengua filosófica.

un gran número, de un genio del pensamiento ó del sentimiento sobre todos sus contemporáneos, de un jefe de secta sobre sus afiliados, así también en el campo de la patología puede uno remontarse desde la sugestión de un solo loco sobre otro loco á la sugestión de un loco sobre todos cuantos le rodean.

Lo cual es una prueba, no sólo de que la patología sigue las mismas leyes de la fisiología, sino también de que el fenómeno de la sugestión es universal.

Legrand du Saulle ha descrito maravillosamente *el delirio de dos* (1), esa forma extraña de locura, producida por el ascendiente que un loco ejerce sobre un individuo, ya predispuesto naturalmente al contagio, el cual pierde poco á poco la razón y adquiere idéntica forma de locura que su sugestionador. Entre estos dos seres se establece entonces un vínculo de dependencia; el uno domina al otro, este último no es más que un eco del primero; hace lo que hace el otro, y la fuerza imitativa es tal, que á veces llega á hacer participar al uno de las mismas alucinaciones que el otro (2).

(1) Legrand du Saulle: *Le Délire des persécutions*, Paris, Délahaye, 1873, cap. II.

(2) Eufrasia Mercier, una loca asesina, tenía este poder sobre Elodie Ménétret, que más tarde fué su víctima. Véase el proceso intentado contra ella en las *Causes criminelles*, de Bataille, año 1886, pág. 54.

Tebaldi da un ejemplo típico de *delirio de dos*. «He aquí una *forma de dos*, escribe, cuya causa insidiosa fué la imitación (nosotros diríamos la sugestión). En una aldea del Véneto había una pareja de dos seres, nacidos bajo la misma mala estrella, que compartían la misma miseria y luchaban contra las mismas estrecheces. Marido y mujer fueron acometidos de la misma enfermedad, la pelagra, y la preocupación de sus desventuras les llevó á atribuir la causa de las mismas á las injusticias del municipio, que, según ellos, había distribuido mal los socorros debidos á los pobres. Se exaltaron el uno al otro y se decidieron á

Partiendo de esta *locura de dos* (que representa, en el terreno patológico, la sugestión de un individuo sobre otro, del maestro sobre el discípulo, del amante sobre el amante, que tiene lugar en el terreno normal), se remonta uno á la locura de tres, de cuatro, de cinco (1), que tiene lugar con el mismo proceso que la locura de dos: se trata siempre de un loco que influye sobre sus parientes, sobre los que habitualmente conviven con él, y que, mediante el ejemplo, comunica á estos individuos sus ideas morbosas juntamente con la perturbación de los sentidos, y hace que la conciencia se oscurezca poco á poco y deje el campo libre á la locura, la cual se reproduce exactamente bajo la misma forma que la suya, ó bajo una forma más leve, más pálida (2).

ir á la plaza y armar en ella un escándalo, lanzando imprecaciones, manifestando propósitos de realizar un burdo pero exaltado comunismo, y amenazando á las autoridades. El mismo vehiculo les condujo al hospital, se saludaron con el entusiasmo de quien volverá á verse en un edén, y con la misma forma delirante entraron en sus salas respectivas». Véase *Ragione e follia*, Milán, 1884, pág. 143.

(1) Roscioli refiere un caso de locura de cuatro (en el *Manicomio*, 1888, núm. 1.^o): Los cónyuges N..., honrados y laboriosos campesinos, tienen tres hijas. La segundogénita, joven de diez y ocho años, estando un día en la iglesia, se vió acometida de improviso de una gran exaltación maniaca, por lo que la llevaron á su casa. En presencia de tan triste espectáculo, el padre se emocionó de tal manera, que ocho días después cayó en un estado angustioso de panofobia. Poco más tarde, la madre sufrió la misma suerte; y por fin, quince días después también la primogénita fué acometida de una exaltación maniaca.

Muchísimos otros casos semejantes pueden verse en los trabajos de Jörger, Tuque, Martineq y Verner, citados por Sepilli (*La Pazzia indotta*, en la *Rivista sperimentale di freniatria*, 1890, fasc. 1,2), y que yo no he podido consultar.

(2) Sobre estas formas de locura, especialmente sobre la locura de dos, los libros y los trabajos no han faltado, como tampoco las discusiones sobre el nombre clínico que debía dársele, después de la comunicación presentada á este propósito por

Y además de estos verdaderos casos de locura múltiple y simultánea producidos por la sugestión, todos los alienistas se hallan de acuerdo en atribuir al loco una fuerza de sugestión, menos intensa, pero más general, sobre todos cuantos lo circundan. «Viviendo habitualmente—dice Rambosson—con personas que piensan con poco juicio, que razonan mal, que obran lo mismo, nuestro cerebro, que recibe sin cesar el influjo desarreglado del suyo, tiende á dejarse llevar por la misma corriente que arrastra el suyo, y por su acción sobre nuestras facultades intelectuales nos impulsa á obrar como aquéllas (1)».

«La vista misma del enfermo — escribe Seppilli,—las ideas que manifiesta, provocan en el cerebro de los que le rodean las mismas imágenes psíquicas, sensoriales, motrices, que pueden transformar más ó menos á los individuos según su intensidad y duración (2)».

Y antes que ellos, Maudsley había escrito, á propósito de la convivencia con los locos: «Nadie puede contraer el hábito de ser inconsecuente en sus pensamientos, en el sentimiento, en la acción, sin que la sinceridad é integridad de su naturaleza dejen de recibir

Lasègue y Falset á la Academia de Medicina. (*De la folie à deux*, en los *Ann. méd. psych.*, 1877). Unos querían llamarla *locura comunicada*, otros *locura impuesta*, otros *locura simultánea*. (V. Régis: *La Folie à deux ou folie simultanée*, Paris, Baillièrre, 1880), y la atribuían también causas y razones diferentes. Venturi fué el primero que echó á volar la hipótesis de la sugestión (adoptada después por Sergi) en su trabajo *L'allucinazione a due e la pazzia a due*, en el *Manicomio*, 1886, número 1.º Véase á este propósito el ya citado escrito de Seppilli.

(1) J. Rambosson: *Phénomènes nerveux, intellectuels et moraux, leur transmission par contagion*, Paris, Firmin Didot, 1883, pág. 230.

(2) Obra citada.

una sacudida, y sin que la fuerza y la lucidez de su inteligencia no vengan á amenguarse (1).»

Por fin, además del contagio general, pero lento, inadvertido y poco intenso, tenemos el contagio inmediato, fulminante, entre los locos, y más particularmente entre los epilépticos. Es un fenómeno distinto de los que hasta ahora quedan descritos, pero el origen y la causa de unos y otros es siempre la misma: la sugestión.

Van Swieten observa que los movimientos convulsivos que manifiestan ciertos niños son reproducidos por todos los que tienen la desgracia de ser testigos de los mismos (2); y no hay nadie que ignore—por haberse repetido muchas veces—el hecho del hospital de Harlem, donde una joven que fué acometida de un ataque epiléptico *sugestionó* instantáneamente el mismo mal á todas las otras enfermas.

Este desarrollo paralelo del fenómeno de la sugestión—de un individuo á otro, de uno á muchos, de uno á muchísimos—que hemos visto verificarse en la *locura*, se verifica también en el *suicidio* y en el *delito*.

Cuanto al suicidio, hay la *pareja suicida* (dos amantes, uno de los cuales persuade, sugestiona al otro que muera con él), forma que se ha hecho muy frecuente en nuestros días (3); hay el *suicidio de tres, de cuatro,*

(1) *Le Crime et la folie*, pág. 214. Idéntica observación habian hecho por respecto á la locura Leuret: *Du traitement de la folie*; Flourens: *Philologie comparée*, y Vigna: *Il Contagio della pazzia*, Venecia, 1881.

(2) V. *Dictionnaire des sciences médicales*, citado por Ramboisson, ob. cit.

(3) Véase Chpoliansky: *Des analogies entre la folie à deux et le suicide à deux*, Paris, 1885; Garnier: *Le Suicide à deux*, en los *Annales d'hyg. publ.*, Marzo, 1891, y mi escrito *L'evoluzione dal suicidio all'omicidio nei drammi d'amore*, en el *Archivio di psichiatria*, etc., vol. XII, fasc. V y VI.

de cinco, de familias enteras que, de ordinario, se resuelven á morir á causa de la miseria á que se ven reducidas: ordinariamente es el padre el primero que concibe la idea del suicidio y la comunica y obliga á que la acepten á su mujer y á sus hijos. Puedo citar dos ejemplos típicos de esta sugestión de suicidio múltiple: uno, el de la familia de Hayem (padre, madre y cuatro hijos), la cual se suicidó con el carbón en París el invierno de 1890; otro, el de la familia Paul (padre, madre y tres hijos), la cual se suicidó en 1885 en Bretaña, arrojándose al mar (1). Hay, por fin, el *suicidio epidémico*, del cual podrían citarse muchos casos: según Ebrard, en Lyon, las mujeres disgustadas de la vida se arrojaban al Ródano, dos á la vez, y en ocasiones, tres. En Marsella, las jóvenes se suicidaban juntas por motivos de amor (2).

Cuanto al delito, se puede perfectamente repetir lo que queda dicho acerca del suicidio. Hay la *pareja criminal* (el delincuente nato que sugestiona y corrompe al delincuente de ocasión haciéndole esclavo suyo, *incubo* y *súcubo*) (3); hay la *asociación criminal*, cuyo jefe arrastra al delito á los juvenes delincuentes de ocasión por sólo la fuerza de su voluntad y por el imperio moral que ejerce sobre ellos (es el caso de Lacenaire con Avril y todos los demás de su banda) (4); hay, por fin, la *epidemia criminal*, que se desarrolla sobre todo en las cuadrillas numerosas de delincuentes y en los

(1) Para este último hecho véase Bataille: *Causes criminelles et mondaines de 1885*, pág. 22, y Anfosso: *Di alcuni fattori del suicidio*, donde habla del suicidio de tres de las hermanas Romaco. (*Archivio di psichiatria*, vol. x, pág. 176.)

(2) Ebrard, ob. cit.

(3) Véase mi libro *El Delito de dos*, trad. esp.

(4) Véase Joly: *Le Crime*, capítulo titulado *L'association criminelle*.

delitos contra el pudor(1). Cuando una pobre joven cae en manos de algunos malhechores, éstos no se contentan con violarla: basta con que cualquiera de ellos tenga la idea de algún horrible ultraje, para que todos sus compañeros le imiten en seguida, presa, podría decirse, de un verdadero delirio. Esto es lo que sucedió á una pobre mujer que, secuestrada y violada por una cuadrilla de quince criminales, tuvo que sufrir después las más obscenas burlas. Le introdujeron en las partes genitales cerillas encendidas y la clavarón alfileres por todo el cuerpo. Uno solo de los bandidos dió el ejemplo, pero los otros le siguieron á porfía, cantando y bailando en torno del cuerpo de la infeliz muchacha (2).

Y sin citar otros ejemplos, me parece que se puede concluir que el cuadro que hemos trazado de las formas sugestivas de la locura, del suicidio y del delito corresponde exactamente al cuadro de las formas de sugestión en el estado normal. En todos estos estados de degeneración, como en el estado normal, la sugestión comienza por un simple caso que se podría llamar de imitación, y poco á poco se desarrolla y se extiende, llegando hasta las formas colectivas y epidémicas, á las formas del verdadero delirio, en las cuales los actos son involuntarios, y se realizan, podría decirse, por impulso irresistible.

Ahora bien; ¿no es evidente que esta sugestión, que nosotros hemos tratado de describir, quizá demasiado extensamente, á fin de mostrar su universalidad, debe

(1) V. Aubry, ob. cit., tercera parte, cap. II.

(2) Enrique Fouquier: *Les Mœurs brutales*, en el *Figaro* de 4 Julio de 1886.

En otra parte nos ocuparemos con más extensión de las diferentes formas de asociación criminal debidas á la sugestión.

ser también la causa de las manifestaciones de la muchedumbre? ¿No es evidente que, aun en medio de una muchedumbre, el grito de un solo individuo, la palabra de un orador, el acto de cualquier atrevido, pueden *sugestionar* á todos aquellos que oyen el grito ó la palabra ó que ven el acto, y conducirlos (como un rebaño dócil) á la comisión de acciones malas? ¿No es evidente que en la multitud es cabalmente donde la sugestión producirá un efecto máximo y pasará instantáneamente desde la *forma de dos* á la forma *epidémica*, puesto que en la muchedumbre la unidad de tiempo y de lugar y la relación inmediata entre los individuos llevan hasta el último límite posible la velocidad del contagio de las emociones?

Espero que no habrá nadie que conteste de un modo negativo á estas preguntas; sin embargo, para hacer comprender mejor cómo la sugestión obra en la muchedumbre, es decir, de qué manera se propaga en una multitud una emoción cualquiera de miedo ó de cólera, voy á reproducir aquí algunas páginas espléndidas de Alfredo Espinas.

En ellas encontraremos, de una manera clara y precisa, la explicación fisiológica de la psicología de la muchedumbre.

Al describir el ilustre naturalista francés, entre aquellas que él llama sociedades domésticas maternas, la sociedad de las avispas, cuenta cómo entre estos animales la división del trabajo se realiza de una manera perfecta, habiendo individuos encargados exclusivamente de la seguridad común. El nido es, en efecto, custodiado por centinelas, que penetran en el mismo cuando hay peligro y advierten de él á las otras avispas, las cuales salen encolerizadas y pican á los agresores.

«Ahora bien—pregunta Espinas;—¿cómo pueden las centinelas advertir á sus compañeras la presencia de un enemigo? ¿Tienen acaso un lenguaje tan preciso que pueden con él comunicar avisos? Las avispas no saben servirse de sus antenas para comunicarse sus impresiones de una manera tan delicada como las hormigas; pero en nuestro caso, todo lenguaje preciso les es, como vamos á ver, inútil. Para la explicación del fenómeno, basta que concibamos cómo una emoción de alarma ó de cólera se comunica de un individuo á otro. Cada individuo, emocionado súbitamente por esta impresión rápida, se precipitará al exterior y seguirá el impulso general, se arrojara sobre la primera persona que encuentre, con preferencia sobre la que huye. Todos los animales son arrastrados por la vista del movimiento. No resta, pues, más que decir cómo las impresiones se comunican á toda la masa. Y contestamos: *Por sólo el espectáculo de un individuo irritado. Es una ley universal en todo el dominio de la vida inteligente el que la representación de un estado emocional provoque el nacimiento de este mismo estado en aquel que es testigo del mismo* (1). En las regiones

(1) Esta ley, que Espinas, igualmente que los más ilustres psicólogos modernos, ha contribuido á poner en claro, habia sido ya formulada por Cabanis desde los comienzos de este siglo: «Por la sola potencia de sus signos—escribia Cabanis—pueden comunicarse las impresiones de un ser sensible á otros seres, que, para participar de ellas, parece que se identifican con aquél.» Véase Cabanis: *Œuvres complètes*, Paris, 1824, Fermin Didot, tomo III, Prefacio, pág. 14. Por lo demás, la intuición de esta ley tiene ya una larga fecha. Horacio dice, en el *Arte poética*: «Lo mismo que la risa provoca la risa, las lágrimas hacen llorar; es que nuestros rostros se comprenden: si quieres que yo lloro, llora también tú.»

inferiores á aquéllas en que comienza la inteligencia, es preciso que las circunstancias exteriores obren aisladamente sobre cada individuo de una manera simultánea para que haya acuerdo en las impresiones sentidas; pero tan pronto como la representación es posible, basta con que uno sólo sea impresionado por las circunstancias exteriores para que todos lo sean igualmente casi de un modo repentino. En efecto, *el individuo alarmado manifiesta exteriormente su estado de conciencia de una manera enérgica; la avispa, por ejemplo, zumba de un modo significativo, que corresponde en ella á un estado de cólera y de inquietud; las otras avispas la oyen y se representan este ruido, pero no pueden representárselo sin que las fibras nerviosas que en ellas lo producen ordinariamente dejen de ser más ó menos excitadas.* Es un hecho psicológico fácil de observar en los animales superiores el de que toda representación de un acto cualquiera implica un comienzo de ejecución de este acto: la cabra á la que se le ofrece un terrón de azúcar, el perro al que se le presenta un pedazo de carne, se chupan los labios y salivan con la misma abundancia como si en realidad los tuvieran en la boca. El niño y el salvaje acompañan con la mímica la escena que cuentan. Y M. Chevreul ha mostrado que, en el estado de perfecto reposo, basta que un hombre adulto, un sabio, tengan la idea de un movimiento posible de su brazo, para que este movimiento comience á efectuarse, aun á pesar suyo. *Nosotros no pensamos tan sólo con nuestro cerebro, sino con todo nuestro sistema nervioso, é invadiendo de pronto la imagen, por medio del sentido que percibe, los órganos que corresponden de ordinario á la percepción, provoca inevitablemente en ellos movimientos apropiados que sólo una enérgica contraorden puede llegar á*

suspende (1). Cuanto más débil es la concentración del pensamiento, más impetuosamente siguen su curso los movimientos nacidos de esta manera. Al ver nuestras avispas que una de ellas entra en el nido y vuelve á salir rápidamente del mismo, serán también ellas arrastradas hacia afuera, y sus zumbidos responderán y se pondrán al unísono con el zumbido producido por aquélla. De lo que resulta una efervescencia general de todos los miembros de la sociedad (2). »

Esta magistral descripción de Alfredo Espinas nos explica suficientemente, creo yo, la psicología de la muchedumbre.

Lo mismo que sucede entre las avispas y entre los pájaros, cuyas bandadas, al menor movimiento de un ala, se sienten poseídas de un pánico invencible, sucede también entre los hombres agrupados, en los cuales una emoción se difunde *sugestivamente* por medio de la vista y del oído, aun antes de que los motivos sean conocidos; y la impulsión viene de la representación misma del hecho imitado, de la propia manera que no podemos mirar al fondo de un precipicio, sin sentir el vértigo que nos arrastra hacia él (3).

(1) Spencer escribe también (*Primeros principios*, cap. VIII): «Hay una correlación y una equivalencia entre las sensaciones y las fuerzas físicas que, bajo la forma de acciones del cuerpo, son los resultados de aquélla.»

(2) A. Espinas: *Des sociétés animales*, segunda edición, Paris, Garnier-Bailliére, 1878, página 358 y siguientes.

(3) Rambosson, en su obra *Phénomènes nerveux intellectuels et moraux; leur transmission par contagion*, ha aplicado á los fenómenos nerviosos é intelectuales, que se transmiten por contagio, la ley de la transmisión y de la transformación del movimiento expresivo. Admite el autor (resumo aqui su teoría) que á cada estado psicológico corresponde un movimiento cerebral que se manifiesta exteriormente por modificaciones de la fiso-

III

Pero se dirá: Todo cuanto hasta ahora habéis expuesto es suficiente para dar la explicación de ciertos movimientos, de ciertos actos de una muchedumbre, mas no de todos. Es suficiente para explicar por qué si uno aplaude, todos aplauden; si uno huye, todos huyen; por qué una emoción de cólera, experimentada por un solo individuo, se refleja inmediatamente en todos los rostros. Pero no nos explica por qué esta cólera impulsa á los individuos hasta las vías de hecho, á realizar lesiones, homicidios, etc.; no nos explica por qué una muchedumbre llega hasta los extremos del asesinato y de la matanza, hasta las atrocidades sin nombre de que tenemos acaso el ejemplo más terrible en la Revolución francesa. En estos casos, vuestra teoría, según la que, una emoción se transmite sugestivamente á toda la masa por sólo el espectáculo de aquella emoción en un individuo, y que la impulsión pro-

nomia, del continente, de los gestos, coordinados de un modo especial. Este movimiento no se detiene, sino que se propaga en el espacio y se comunica á otro cerebro, sin modificarse, y provocando el mismo fenómeno. La risa, el bostezo, el dolor, se transmiten conforme á esta ley. La propagación del movimiento cerebral á distancia es la causa de la difusión de todos los fenómenos, desde los más simples á los más compuestos, de todas las esferas de la actividad nerviosa.

Como fácilmente se ve, esta teoría es, en el fondo, la misma que la de Espinas, el cual la ha desarrollado en pocas páginas, con más claridad que Lombroso en un volumen.

venga de sólo la representación del acto imitado, es una teoría insuficiente. No podéis pretender decir que se mate únicamente porque se ve á alguno que mata ó que se dispone á matar; se precisa algo más para hacer de un hombre un asesino.

Esta objeción (que contiene un gran fondo de verdad, como demostraremos) se había ya presentado espontáneamente al espíritu de los autores que habían tratado de analizar los motivos de los delitos cometidos por una muchedumbre. Estos autores habían sentido confusamente que un acto de crueldad y de ferocidad no puede ser producido tan sólo por las circunstancias exteriores, sino que debe tener también su causa en la constitución particular del organismo de quien lo comete.

«¿Qué ocurre en el corazón de los hombres—se preguntaba Barbaste—cuando son colectivamente arras-trados al homicidio, á la efusión de sangre? ¿De dónde proviene el poder imitativo que les subyuga y que los lleva á destruirse los unos á los otros? *El punto culminante de la investigación se detiene en una disposición homicida primordial, en una especie de furor instintivo, funesto atributo de la humanidad que encuentra un auxiliar poderoso en la tendencia imitativa.* Circunstancias exteriores de toda clase, que obran sobre estas facultades virtuales, las hacen estallar en el mundo. Aquí es la vista de sangre lo que hace nacer el deseo de verterla; allá es el proselitismo, el espíritu de partido ó de cuerpo lo que llama y pone á su servicio á las pasiones malélicas de toda especie, y lo que arma la mano del hombre; acullá es una imaginación continuamente instigada por las sollicitaciones de un temperamento irritable, que se turba al oír la narración de cualquier acontecimiento siniestro, que se inflama

cuando la publicidad lo asedia y que transforma en un instante al hombre más tímido en una bestia feroz (1).»

Y aun antes que Barbaste, Lauvergne había recurrido á la disposición homicida primordial, para explicar los delitos de la muchedumbre. «El órgano de la imitación—escribía—es uno de los que se presentan en primera línea juntamente con los de la combatividad y la crueldad. En tiempos de anarquía y de revolución, todos los delitos que se cometen son obra de estas tres facultades del cerebro, que mandan imperativamente á la razón y á la inteligencia, las cuales están subordinadas. Entonces el hombre que ha nacido cruel... *retrousse ses manches et se fait pourvoyeur de la guillotine*. Tendrá por imitadores á la multitud de aquellos que desean un modelo ó un impulso para realizar aquello mismo que ellos se sentían capaces de ejecutar, pero que no deseaban hacerlo ellos solos ni ser los primeros. Las víctimas serán los hombres débiles, los hombres borregos, aquellos á quienes los buenos ejemplos de prudencia y de razón han hecho humanos y piadosos, en los cuales los órganos de la crueldad y de la imitación, si han existido fuertes y preponderantes, han tenido que ceder ante el ímprobo trabajo de la inteligencia y del sentimiento (2).»

(1) Barbaste: *De l'homicide et de l'anthropophagie*, Paris, 1856, pág. 97.

(2) Lauvergne: *Les forçats, considérés sous le rapport, physiologique, moral et intellectuel*, Paris, Bailliére, 1841, página 206. Véase también Attomir: *Theorie der Verbrechen auf Grundsätze der Phrenologie basirt*, Leipzig, 1842.

Schopenhauer dice que en los levantamientos del pueblo es donde se ve surgir el egoísmo y la crueldad, que son las cualidades fundamentales del hombre. «Cuando una turba desencañada ha roto todo vínculo legal ó de orden, se manifiesta en todo su vigor el *bellum omnium contra omnes*, cuyo admirable cuadro ha trazado Hobbes, en el primer capítulo del *De cive*.

Seguramente, lo que dicen Barbaste y Lauvergne es verdad, muy verdad. Precursores lejanos de la nueva ciencia de la antropología criminal, no hacen otra cosa que referir á la constitución fisiológica y psicológica de los individuos una parte de las causas de los fenómenos humanos, en vez de referirlas todas sin distinción, como aún hoy quieren hacerlo algunos, al ambiente social.

Pero yo creo que, antes de recurrir al factor antropológico, deben tenerse en cuenta algunas otras consideraciones, que explican, aun cuando no ellas solas, por lo menos preferentemente, de qué manera puede una muchedumbre ser arrastrada á la comisión de actos de ferocidad y de crueldad.

Ante todo, debe notarse que la muchedumbre está, en general, más dispuesta para el mal que para el bien. El heroísmo, la virtud, la bondad pueden ser cualidades de un solo individuo; pero no son nunca, ó casi nunca, las cualidades de una gran reunión de individuos. La más vulgar observación nos lo enseña: de una muchedumbre de individuos siempre se teme, y rara vez se espera nada bueno. Todo el mundo siente y sabe por experiencia que el ejemplo de un hombre

Entonces se ve á cada cual, no solamente robar á los otros aquello que codicia, sino también aniquilar la bondad y la existencia de sus semejantes, con el solo objeto de proporcionarse un suplemento muy mezquino de bienestar.» (*El mundo como voluntad y como representación*, lib. IV.)

Lombroso y Laschi (*Delitto politico*, pág. 140) escriben de modo muy análogo á Barbaste, á Lauvergne y á Schopenhauer: «Las primitivas tendencias al hurto, al homicidio, á la lujuria, que auidan en estado embrionario en todo individuo mientras vive aislado, mucho más si están moderadas por la educación, se agigantan de un golpe al contacto con las demás y se hacen virulentas en las turbas excitadas.»

perverso ó de un loco puede arrastrar á la multitud al delito; bien pocos creen, y rara vez acontece en efecto, que la voz de un pacificador ó de un hombre de bien pueda persuadir á una turba á tener calma.

La psicología colectiva, como lo hemos demostrado en la introducción, es abundante en sorpresas: ciento, mil hombres reunidos pueden realizar actos que ninguno de los ciento ó de los mil habría realizado estando solo; pero estas sorpresas son en su mayor parte dolorosas. De una reunión de hombres buenos no se obtendrá casi nunca un resultado excelente: lo que se obtendrá será las más de las veces un resultado mediocre y aun en ocasiones un resultado pésimo.

La muchedumbre es un terreno en el que se desarrolla muy fácilmente el microbio del mal, y en donde el microbio del bien casi siempre muere, por no encontrar las adecuadas condiciones de vida.

¿Por qué esto?

Sin proponernos hablar aquí de los diferentes elementos que componen una turba, donde, al lado de hombres de corazón, se encuentran otros indiferentes ó crueles, y al lado de los honrados, se ven á menudo vagabundos y delincuentes (1), y limitándonos por el momento á una observación general, podríamos contestar á la pregunta que se nos hace, diciendo que en una muchedumbre las facultades buenas de los individuos, en vez de sumarse, se eliden.

Se eliden, en primer lugar, por una necesidad natural, y podríamos decir, aritmética. Así como la media de varios números no puede, evidentemente, ser igual á los más elevados de estos números, de la propia manera un agregado de hombres no puede reflejar

(1) En el capítulo siguiente nos ocuparemos de esto.

en sus manifestaciones las facultades más elevadas propias de cada uno de estos hombres: reflejará solamente las facultades que se encuentran en todos ó al menos en la mayoría de los individuos. Las últimas y mejores estratificaciones del carácter, como diría Sergi, aquellas que la civilización y la educación han conseguido formar en algunos individuos privilegiados, quedan eclipsadas por las estratificaciones medianas, que son patrimonio de todos; y en la suma total, estas últimas predominan y las otras desaparecen.

Acontece en las muchedumbres, desde el punto de vista *moral*, lo que más arriba (1) hemos dicho que acontece en todas las numerosas reuniones de hombres, desde el punto de vista *intelectual*. Por respecto al resultado total, la compañía debilita tanto la fuerza del talento como los sentimientos caritativos.

No quiere decirse con esto que la muchedumbre sea incapaz de toda manifestación noble y grande, ora del lado del pensamiento, ora del lado del sentimiento (2).

(1) En la introducción.

(2) En la primera edición de esta obra hablé yo de pasada, en una nota (pág. 88), del caso en que un individuo pudiera ser arrastrado por la sugestión de la muchedumbre á hacer el bien en vez del mal. Entonces dije que en las revoluciones políticas puede ocurrir que un hombre, llevado del entusiasmo y de la excitación de la multitud, se convierta en un héroe y en un mártir, mientras que en tiempos normales hubiera sido sencillamente un buen ciudadano, ó acaso un mal ciudadano, si hubiera vivido en un ambiente corrompido. Y cité á este propósito las palabras con las cuales ha descrito Moreau el tipo clásico del *gamin* parisién, el cual, «en tiempo de paz, se convierte á los diez y seis años en *souteneur*, ó en ladrón y asesino, y desde la edad de diez y ocho años entra en la Grande Roquette, donde toma su billete para la Nueva Caledonia; en tiempo de barricadas, este *gamin* muere como un héroe». (V. *Le Monde des prisons*, Paris, 1881, pág. 81) G. Albano hacia también notar este fenómeno (en el *Archivio giuridico*, vol. XLVII, fasc. V).

Ahí están muchos hechos que nos desmentirían, principalmente todos aquellos que se originan en el amor de la patria y que, desde los 300 de las Termópilas hasta los últimos mártires de la independencia italiana, forman, por decirlo así, en la historia una ruta sagrada, que demuestra por sí misma suficientemente que una multitud puede, lo mismo que un solo individuo, elevarse hasta las sublimes alturas de la abnegación y del heroísmo.

Yo me he propuesto tan sólo mostrar que la muchedumbre se halla *predispuesta*, por una ley fatal de aritmética psicológica, más al mal que al bien; del propio modo que toda otra reunión de hombres, cualquiera que ella sea, se halla *predispuesta* á dar un resultado intelectual inferior al que debería dar la suma de sus componentes. Hay en la muchedumbre una tendencia oculta á la ferocidad, tendencia que constituye, si así podemos decirlo, el factor orgánico complejo de sus futuras manifestaciones; y este factor (como el factor antropológico en el individuo) puede seguir una dirección buena ó mala, según la ocasión y según la sugestión que producen sobre él las condiciones exteriores.

Así como una asamblea que represente un mediocre conjunto intelectual puede llegar en ciertos casos á comprender una idea de genio ó un sentimiento noble si alguno sabe exponerlo (1), así también una muchedumbre, que representa un conjunto moralmente me-

(1) «En un hermoso arranque de entusiasmo — por ejemplo, durante la noche del 4 de Agosto — las asambleas pueden desplegar una generosidad colectiva de que casi todos sus miembros, si no todos, son individualmente incapaces.» V. Tarde, en la crítica de la primera edición de esta obra (*Revue philosophique* de Noviembre, 1891).

diocre y aun bajo, puede llegar en ciertos casos á realizar actos heroicos, si encuentra el apóstol ó el capitán que sepa guiarla. La vulgaridad en el primer caso y la crueldad en el segundo pueden, pues, transformarse en pensamientos y en sentimientos mejores, y hasta excelentes, por obra del orador ó del jefe, esto es, de aquel que sea el árbitro de lo que ha de hacer la muchedumbre.

Esta condición de la muchedumbre la ha expuesto Pugliese por medio de una comparación magnífica: «Una muchedumbre es excitada, pero la fuerza que la agita violentamente, como el mar revuelto, no ha recibido todavía la impulsión del movimiento; una caldera está sometida á presión, pero no se ha abierto todavía la válvula que debe dejar salir el vapor; un montón de pólvora está puesto al sol, pero nadie ha encendido el fuego para hacerlo estallar. Surge un hombre, se manifiesta una idea, se lanza un grito:—vamos á matar á Fulano, enemigo del pueblo;—vamos á libertar á tal otro, amigo de los pobres...—el movimiento se ha producido, la válvula está abierta, la pólvora ha estallado.—He aquí la muchedumbre (1).»

También Spencer tiene una frase que, aplicada á la muchedumbre, puede considerarse como la misma idea que encierra la comparación de Pugliese: «Las palabras—dice el filósofo inglés—tienen con la sacudida moral que provocan una relación que se parece mucho á la que la presión del perrillo de un arma de fuego tiene con la explosión que la sigue: no producen la fuerza, no hacen más que ponerla en libertad (2).»

(1) A. Pugliese, en la bibliografía de la primera edición de este libro (*Rivista de giurisprudenza*, año xvi, 1891, pág. 194).

(2) Spencer: *Los Primeros principios*, pág. 194.

Por consiguiente, en la muchedumbre, como en el individuo, toda manifestación es debida á las dos clases de factores, antropológico y social (1): la muchedumbre puede ser *en potencia* todo lo que se quiera, pero la *ocasión* será lo que dará origen á tal ó tal otro acontecimiento. Hay, sin embargo, esto de particular: que la *ocasión*, es decir, la palabra ó el grito de un hombre tienen, ante la multitud, una importancia infinitamente superior á la que tienen ante un solo hombre. El individuo aislado en la sociedad, en el estado normal, es siempre, más ó menos, una materia poco inflamable: aproximadle una mecha encendida y ésta se quemará más ó menos lentamente, y aun acaso llegará á extinguirse (2). La muchedumbre, por el contra-

(1) Apenas hay necesidad de advertir que, aunque hablamos de sólo dos factores, el antropológico y el social, no por esto queremos excluir el factor físico. Hemos hablado de los dos primeros y no del tercero, porque sólo aquellos interesaban para nuestro argumento.

Lombroso y Laschi se ocupan (en el *Delito político*) de la influencia del clima en las revoluciones y en las revueltas. Haciendo la estadística de las rebeliones por meses y estaciones en la antigüedad, en la Edad Media y en el siglo pasado, llegan á los siguientes resultados: que en verano es cuando más elevada es la cifra de las revoluciones, y en invierno cuando más baja; que esta cifra llega á su *máximum* en el mes siguiente á aquel en que han comenzado los grandes calores, ó sea *Julio*, y que, por el contrario, llega á su *mínimum* en el mes que sigue al comienzo del frío, ó sea *Noviembre*.

M. Fournial, en una obra, á decir verdad poco original, se ocupa también del factor físico en los delitos colectivos.

No habiendo yo tenido tiempo de recoger nuevos datos á este propósito, he prescindido completamente del estudio de los factores físicos.

(2) Esto debe entenderse en general, pues bien sabemos que la *ocasión* produce á veces el mismo efecto fulminante sobre el individuo aislado que sobre la muchedumbre: por ejemplo, una provocación muy grave hecha á un delincuente por pasión.

rio, es siempre como un montón de pólvora seca: si aproximáis á ella la mecha, la explosión no puede por menos de producirse. La ocasión tiene, pues, en la multitud *el terrible de lo irreparable* (1).

Después de todas estas consideraciones, se podría creer aminorada la fuerza del principio expuesto más arriba, según el cual la muchedumbre es un terreno en donde el microbio del bien muere muy á menudo, y en el que, por el contrario, el microbio del mal fácilmente se desarrolla; pues se dirá que como todo depende de la ocasión y ésta puede ser buena ó mala, las probabilidades para resultados opuestos son iguales.

Mas no es así.

Si es verdad que todo depende de la ocasión, no lo es menos que la ocasión es con más frecuencia mala que buena. Y esto, por la siguiente poderosa razón: que, aun dando por supuesto que en la muchedumbre el número de las personas que quieren conducir al bien sea igual al de las personas que quieren arrastrar hacia el mal, estas últimas vencerán en la mayoría de los casos: la perversidad es una cualidad más *activa*

(1) Esta verdad puede también demostrarse en otros casos diferentes de los que se refieren á los delitos de la multitud: por ejemplo, en las elecciones políticas populares. Un nombre que se haya sabido echar á volar á tiempo en medio de una muchedumbre se conquista la adhesión de todos, involuntariamente, por el solo hecho de haber sido pronunciado. Si se hubiera pronunciado otro, el efecto hubiera sido el mismo. Podríamos poner mil ejemplos, pero bastará con sólo uno. «Cuando Osmán, emperador de los turcos, fué depuesto, ninguno de los que cometieron este atentado pensaba en cometerlo: solamente pedían en tono de súplica que se les hiciera justicia de algunos agravios. Una voz que no se supo de quien era salió de la multitud por casualidad; se pronunció el nombre de Mustafá, é inmediatamente Mustafá fué emperador» (Montesquieu: *Lettres persiennes*, lettre S1. Usbeck á Rhedi).

que la bondad, porque la clase de los malvados está compuesta de los que quieren hacer mal á los demás, mientras que la clase de los buenos está compuesta de los que no *harían mal nunca á nadie* (los pasivos), y además, de los que no solamente no harían mal, sino que quieren hacer el bien, y lo hacen. Ahora, fácil es comprender que los buenos *pasivos* no pueden ejercer influjo sobre una muchedumbre y dirigirla, porque sus cualidades negativas les convierten en instrumentos ciegos del que sepa sobreponerse.

Cuanto á los buenos *activos* (permítaseme el uso de estos vocablos, que expresan exactamente mi pensamiento), su poder tropieza con muchas dificultades, puesto que si tratan de imponerse, de reaccionar contra los consejos de los malvados, si procuran calmar los ánimos, verán muy pronto que sus palabras son mal interpretadas, y se les acusará de poltronería ó de algo peor. Por esta razón, si tratan de reaccionar una vez, no intentarán hacerlo una segunda, y la sugestión de los que quieran producir algo serio, algo grave, no encontrará ya ningún obstáculo. ¡Cuántos hay que en una agitación popular gritan *viva* ó *muera* por temor de que si callan les tachen sus vecinos de cobardes ó de espías! ¡Y cuántos, por la misma razón, pasan de los gritos á los actos! Se necesita una no común fuerza de carácter para reaccionar contra los excesos que comete la turba de que uno forma parte; y los que poseen esta fuerza son muy pocos. La mayor parte *comprenden* que obran mal, pero lo hacen, porque la muchedumbre los empuja y los arrastra. Saben que si no siguen la corriente, se les llamará viles y serán víctimas de la cólera ajena. El miedo material de ser maltratados ó heridos se une al miedo moral de ser tachados de cobardes.

Alejandro Manzoni, en *Los Novios*, tiene una página espléndida, donde describe esta imposibilidad moral y física á que se ven reducidos los buenos en una muchedumbre para reaccionar contra la mayoría que corre locamente á cometer acciones criminales.

«...Era un movimiento continuo, un ir y venir, un avanzar y retroceder, como si existiera un estancamiento, una incertidumbre, una irresolución, un rumor continuado de consejos y de consultas. De pronto, salió de entre la multitud una maldita voz que dijo: «Aquí próxima está la casa del vicario de provisiones; vamos á hacer justicia y á saquear.» Parecía que aquello había sido el revivir de un acuerdo anteriormente tomado, más bien que la aceptación de una proposición improvisada. «¡A casa del vicario! ¡á casa del vicario!», este era el único grito que se oía. La turba se puso en marcha como un solo hombre, en dirección á la casa nombrada en tan mala hora. «El vicario, el tirano, el que es causa del hambre; lo queremos vivo ó muerto.» Renzo se encontraba en el corazón del tumulto. Apenas oyó esta proposición sanguinaria, se sintió todo sobrecogido; cuanto al saqueo, no habría podido decir si era un bien ó un mal en aquel caso, pero la idea del homicidio le causó un horror puro é inmediato. Y aun cuando, por virtud de aquella funesta docilidad de los ánimos apasionados ante la apasionada afirmación de un gran número, estuviera perfectamente persuadido de que el vicario era la principal causa del hambre, el enemigo de los pobres, sin embargo, habiendo oído por casualidad, al primer movimiento de la turba, algunas palabras que indicaban el deseo de hacer todo lo posible por salvarlo, se había propuesto desde luego ayudar para esta obra... Un viejo, abriendo desmesuradamente dos ojos hundi-

dos y centellantes, agitaba en el aire un martillo, una cuerda y cuatro grandes clavos, con los cuales administró la pena de muerte al vicario á su puerta, luego que se le hubiese dado muerte.—«¡Oh, qué vergüenza!», exclamó Renzo horrorizado por aquellas palabras y á la vista de cierto número de rostros que parecían aprobarlas, pero alentado por haber visto otros que, aunque mudos, dejaban traslucir el mismo horror de que él se hallaba poseído. «¡Qué vergüenza! ¡Vamos á robar su oficio al verdugo? ¿Asesinar á un cristiano? ¿Cómo queréis que Dios nos dé pan si cometemos tales atrocidades? Nos mandará rayos, no pan.»—¡Ah, perro! ¡ah, traidor de la patria!, gritó encarándose con Renzo, como un poseído, uno de aquellos que, en medio del ruido, había podido oír aquellas santas palabras.—¡Espera, espera! es un servidor del vicario disfrazado de labriego; es un espía; dadle, dadle.—Cien voces contestan en derredor: ¿Qué es? ¿Dónde está? ¿Quién es?—Un servidor del vicario. Un espía. El vicario disfrazado de labriego, que se pone en salvo.—¿Dónde está? ¡Dadle, dadle!»—Renzo enmudeció, se aniquiló, querría desaparecer: algunos de los que lo rodeaban lo ocultaron en medio del grupo que formaron, y con grandes y diferentes gritos trataron de confundir aquellas voces enemigas y homicidas. Pero lo que le salvó fué un «dejad sitio, dejad sitio,» que se oyó gritar allí cerca...»

Hay una infinidad de personas que se encuentran en el caso de Renzo. Y si la comparación no pareciese un tanto atrevida, yo diría que la mayor parte de las personas honradas que se encuentran en medio de una turba furiosa, casi fatalmente, por una ley de *mimetismo psíquico*, tienen que conducirse como los que les rodean.

Lo mismo que hay animales que, para ocultarse de sus enemigos y defenderse mejor contra ellos, toman el color del medio en que viven (1), así también los hombres que se encuentran dentro de una muchedumbre, para evitar que se les insulte y que se les golpee, toman el *tinte moral* de los que les rodean; es decir, que gritan todo cuanto los otros quieren y aparentan seguir la corriente.

Si esto es así, no hay dificultades para comprender por qué las malas pasiones adquieren el predominio en la muchedumbre y ahogan las buenas intenciones del menor número.

Pero además de las consideraciones ya expuestas, hay otra que explica mejor aún la victoria de los instintos brutales.

Hemos demostrado (al menos yo lo espero) de qué manera una emoción cualquiera experimentada y manifestada por un individuo se propaga inmediatamente á toda la masa. Si esta emoción es de furor ó de cólera, en un instante el rostro y la actitud de cada uno de los individuos adquirirán una expresión de ira, en la cual habrá algo de tirante y de trágico.

Ahora bien: no hay necesidad de creer que esta expresión sea sólo aparente; el estado real de emoción sigue siempre á los actos que lo expresan, aun en el caso en que estos actos sean en su origen demostraciones ficticias. Por un esfuerzo de voluntad podemos fingir una emoción que no experimentamos, pero no

(1) Acerca de este fenómeno, que deriva del instinto de conservación, véase Weissmann: *Studien zur Descendenz-Theorie*. Leipzig, 1876, pág. 10 y siguientes; Girard: *La Nature*, 1878, pág. 109; Darwin: *Origen de las especie*, trad. ital., Turin, 1875, pág. 467; Canestrini: *La Teoria di Darwin*, Milán, Dumolard, 1887, segunda edición, pág. 263.

podemos permanecer indiferentes ante una emoción que exteriormente fingimos.

Como todo estado intelectual va acompañado de determinadas manifestaciones físicas, que no son solamente efectos y signos del mismo, sino—como dice Ribot (1)—condiciones necesarias y elementos constitutivos, resulta como consecuencia que entre un estado intelectual y sus manifestaciones exteriores existe siempre una relación de reciprocidad, en el sentido de que el uno no puede nacer sin dar inmediatamente origen á las otras, y viceversa.

«Cuando con los ojos cerrados—dice Lange—pensamos en un lápiz, hacemos inmediatamente un movimiento ligero de ojos que corresponde á la línea recta, y á menudo nos apercibimos de un ligero cambio en los movimientos de la mano, como si tocáramos un lápiz (2).»

«Cuanto á las representaciones abstractas, Stricker demuestra de un modo seguro la existencia de la *palabra interior*; y cada uno puede apercibirse, examinándose con atención, de que cuando piensa en algo abstracto, pronuncia silenciosamente en sus adentros la palabra que lo representa, ó al menos se siente impulsado á pronunciarlas (3).» Bain decía, en efecto, resumiendo en una sola frase la idea expuesta por Lange y por Stricker, que pensar quiere decir contenerse de hablar y de obrar (4).

(1) T. Ribot: *Psychologie de l'attention*, Paris, Alcan, 1889.

(2) Lange: *Beiträge zur Theorie der sinnlichen Aufmerksamkeit und der activen Apperception.—Philosophische Studien*, IV, 415.

(3) A. Mosso: *La Fatica*, Treves, 1891, cap. VIII, pág. 235.

(4) Setschenoff decía también: «El pensamiento es un reflejo reducido á sus dos primeros tercios.» (Citado por Ribot, obra citada, pág. 89.)

Por lo demás, hay miles de experiencias que prueban que el movimiento es inherente á la imagen. «Las personas que se arrojan á un abismo por miedo de caerse á él; las que se cortan con una navaja de afeitar por medio de cortarse, y la célebre lectura del pensamiento, que no es otra cosa que la lectura de estados musculares, le parecen cosas extrañas al público, porque ignora el fenómeno psíquico elemental según el cual toda imagen encierra una tendencia al movimiento (1).»

Por el contrario, todo movimiento encierra una tendencia á una imagen cualquiera. Se ha dicho que el pensamiento no es más que una acción abortada. Yo creo poder decir, de una manera análoga, que el acto exterior es un pensamiento que nace.

«La particular acción muscular, dice magníficamente Maudsley, no es tan sólo el exponente de la pasión, sino también una parte esencial de la misma. Expresad por medio de la fisonomía una particular emoción, la de la cólera, la del asombro, la de la malignidad, y la emoción así imitada no dejará de despertarse en vosotros; y mientras que los rasgos del rostro están expresando una pasión, es vano é inútil que se intente experimentar otra» (1).

Espinas escribe de un modo análogo: «De la misma manera que el hombre que tiene un florete en un asal-

(1) Ribot, *ob. cit.*, pág. 79.—Ver á este propósito: Darwin: *Expression des émotions*, cap. x; Preyer: *L'ame de l'enfant*, traducción francesa, pág. 250 y siguientes; Féré: *Sensation et mouvement*; Mantegazza: *La Fisonomia*, cap. xvi; Riccardi: *Saggio di studi e di osservazioni intorno all'attenzione nell'uomo e negli animali*, Módena, 1887, y Tissie: *Les rêves*, Alcan, 1890, pág. 12.

(2) Maudsley: *Corpo e mente*, lecciones traducidas por el doctor Collina, Orvieto, 1872: V. Icc. I. pág. 33.

to de esgrima se anima y experimenta algo así como sentimientos un tanto parecidos á los que experimentaría en una verdadera lucha; de la propia manera que el sujeto magnetizado pasa por todos los estados correspondientes á las posturas que le hacen tomar, enorgulleciéndose cuando se le tiene derecho, humillándose cuando le ponen de rodillas; así también los animales experimentan rápidamente las emociones cuyos signos exteriores reproducen. El mono, el gato, el perro, cuando en sus juegos simulan la lucha, llegan pronto á experimentar verdadera cólera: tanta es la conexión entre los actos y las actitudes que expresan de ordinario un estado de conciencia y este mismo estado de conciencia: hasta tal punto se engendran fácilmente la una á la otra estas dos mitades de un solo é idéntico fenómeno (1)».

(1) A. Espinas, ob. cit., pág. 360. A este propósito, escribía Spencer: «Si, en conexión con un grupo de impresiones y de fenómenos nacieses de movimiento que de ellas resultan, se experimenta habitualmente alguna otra impresión ó fenómeno de movimiento, esta última se ligará tan perfectamente con el tiempo al grupo, que nacerá también ella cuando el grupo nazca ó hará que aparezca el grupo cuando ella aparezca. Si, juntamente con el acto de precipitarse sobre una presa y de aferrarla, se ha experimentado siempre un determinado olor, la presencia de este olor provocará los fenómenos de movimiento y las impresiones que acompañan al acto de precipitarse sobre una presa y de hacerse dueño de ella. Si los fenómenos de movimiento y las impresiones que acompañan al acto de coger una presa han ido habitualmente seguidos de las mordeduras, luchas y gruñidos que van unidos á la destrucción de la presa, en este caso, cuando los primeros se reproduzcan en el estado naciente, darán á su vez origen á los estados psicicos que implican las mordeduras, las luchas, los gruñidos. Y si éstos han sido también seguidos de los estados psicicos implicados en el acto de comer, entonces estos últimos se producirán también á su vez en estado naciente. Así, la simple sensación del olfato dará lugar á los numerosos y variados estados de conciencia que acompañan

Claro está, pues, que una muchedumbre en la cual se haya producido una emoción de ira ó de cólera, será en un instante, no sólo agitada y conmovida *exteriormente*, sino también *realmente* irritada (1). Y bien fácil es de comprender cómo entonces, aun antes de haber recurrido al factor antropológico, puede llegar hasta el delito.

Todos los individuos que forman parte de una turba se encontrarán en una condición psicológica análoga á la de un individuo provocado ú ofendido personalmente. Por eso, el delito que cometen no será un incomprensible acto de barbarie, sino más bien una reacción

á los actos de precipitarse, agarrar, matar y devorar la presa. Las sensaciones de la vista, del oído, del tacto, del olfato, del gusto, de los músculos, las cuales acompañan constantemente á las fases sucesivas de estas acciones, serán todas ellas parcialmente provocadas al mismo tiempo, constituirán por su reunión los deseos de tomar, matar y devorar, y formarán el impulso al movimiento que colocará á los miembros en persecución de la presa.» Véase los *Principios de Psicología*, edición francesa, tomo I, cuarta parte, cap. VIII, § 214.

Este pasaje de Spencer contiene la ley psico-física que Charcot ha resumido de la siguiente manera: «Cada movimiento que nuestros músculos reciben del exterior, cada fuerza nerviosa que se desarrolla en el organismo provocada por una causa exterior y no espontáneamente, determina una serie de estados cerebrales y de modificaciones mentales capaces de traducirse en el porte, en las actitudes y en los expresivos movimientos que la acompañan». Véase G. Campili: *Il grande ipnotismo*, Bocca, 1886, pág. 43. Sobre la misma ley fundaba Janet la teoría sugestiva. (Véase Paul Janet, en la *Revue politique et litteraire*, números 4-7, 1884.)

(1) Joly había tenido la intuición del fenómeno fisiológico que acabamos de describir cuando decía, refiriéndose al individuo que forma parte de una turba y que se deja arrastrar por ella: «En él no es ya la voluntad quien conduce al acto, sino que es el acto quien hace vibrar la porción imaginativa y acaso más todavía la porción física de la voluntad.» Véase *La France criminelle*, Paris, L. Cerf., 1889, cap. xv, pág. 406.

(justa ó injusta, pero en todo caso natural y humana) contra la causa, ó lo que se cree causa, de aquella provocación que han sentido por contagio fatal.

El factor antropológico tendrá seguramente su parte en este delito, pero el motivo principal del mismo será siempre el estado real de cólera y de irritación en que se halla la multitud: estado de cólera que hace los delitos de la muchedumbre en todo semejantes á los de los delincuentes de ocasión, los cuales, como es sabido, no llegan al delito si no cuando les impulsan hacia el mismo circunstancias ó provocaciones exteriores.

Hemos, pues, levantado una parte del velo que cubría el misterio de los delitos repentinos de la muchedumbre: ahora ya entrevemos por qué se cometen. Una última consideración nos ayudará á explicarnos todavía mejor el fenómeno.

Es una ley psicológica de indiscutible verdad el que la intensidad de una emoción crece en proporción directa del número de las personas que experimentan esta emoción en el mismo lugar y al mismo tiempo.

Esta es la razón del alto grado de frenesí á que llega á veces el entusiasmo ó el desagrado en un teatro ó en una asamblea.

Para dar un ejemplo, y á la vez una prueba de lo que decimos, examinemos lo que sucede en un salón donde esté hablando un orador. «Yo supongo que la emoción que siente este orador pueda ser representada por la cifra 10, y que á las primeras palabras que pronuncie, á los primeros rasgos de su elocuencia, comunique al menos la mitad á sus oyentes, que serán, supongamos, 300. Cada uno de ellos reaccionará por medio de los aplausos ó redoblando su atención, y esto producirá lo que en las reseñas se llama un movimiento (*sensación*). Pero este movimiento lo sentirán todos

al mismo tiempo, porque el oyente no está menos preocupado del auditorio que el orador, y su imaginación se ve repentinamente sorprendida por el espectáculo de estas 300 personas, todas las cuales están emocionadas; espectáculo que no puede menos de producir en él, en virtud de la ley enunciada, una emoción real. Admitamos que no experimente más que la mitad de esta emoción, y veamos el resultado. La sacudida que él experimenta estará representada, no por 5, sino por la mitad de 5 multiplicada por 300, esto es, por 750. Y si se aplica la misma ley al que está en pie y habla en medio de esta muchedumbre silenciosa, no será ya la cifra 750 la que expresará su agitación interior, si no $300 \times \frac{750}{2}$, puesto que el orador es el foco adonde convergen todas las impresiones sentidas por todos los individuos profundamente emocionados que lo están escuchando (1).»

Claro está que en una muchedumbre, la comunicación de las emociones no tiene lugar así, de todos á uno solo, ni presenta, por tanto, este carácter de concentración orgánica.

Por el contrario, el concurso es tumultuoso, y hay que reconocer que una gran parte de las emociones, por no poder ser experimentadas por todos, quedan sin eco. En este caso, la intensidad de la emoción no presenta ya una relación idéntica con el número de los individuos, y la aceleración de los movimientos pasionales es mucho menos rápida. Pero no por eso es menos verdadera la ley general. Esta se manifiesta de una manera menos determinada, menos clara, más incierta, pero aun esta incertidumbre y esta confusión producirán sus efectos. Todo grito, todo rumor, todo acto,

(1) Espinas, ob. cit., pág. 361.

justamente porque no se oye ni se interpreta exactamente, producirá un efecto quizá más grave que el que realmente debía producir (1); cada individuo sentirá que se exalta su imaginación, adquirirá docilidad para todas las sugerencias, y pasará de la idea al acto con una celeridad pasmosa.

«Cuanto más heterogénea—escribe Spencer—se hace la superficie sobre la que se extiende una influencia, tanto más elevado es el factor por el cual se multiplican el número y la especie de los resultados (2).»

En tal caso nos encontraremos en presencia del fenómeno que Enrique Ferri ha llamado *fermentación psicológica*: los gérmenes de todas las pasiones surgirán de las profundidades del alma; y así como de las reacciones químicas entre varias sustancias se obtienen sustancias nuevas y distintas, así también de las reacciones psicológicas entre varios sentimientos diferentes surgirán emociones nuevas y terribles, desconocidas hasta entonces á la psiquis humana (3).

(1) Por ejemplo, el discurso de un orador que trata de restablecer la calma en una muchedumbre ya exasperada puede producir un efecto contrario al que se propone, porque los que están alejados no oyen las palabras y sólo ven los gestos del orador, á los cuales dan—por un fenómeno psicológico natural—la interpretación que prefieren. Esto es lo que ha debido de ocurrir, si no me equivoco, en la asamblea de los obreros, el 1.º de Mayo de 1891, en Roma, con el discurso de Amilcar Cipriani.

(2) Spencer: *Primeros principios*, cap. xx.

(3) Schützenberger, en su tratado sobre las fermentaciones, escribe: «Cuanto más simple es un organismo, tanto menos encierra de órdenes especiales de células, tanto más simples son también las reacciones químicas que en él tienen lugar y tanto más fáciles de separar y de aislar por la experiencia. Por el contrario, cuanto más variada y heterogénea es la constitución histológica, tanto más vemos que aparecen compuestos distintos, como productos de los múltiples fenómenos que se verifican en

En tales casos es cuando, por ser imposible, no solamente razonar, si no también ver y oír exactamente, el más pequeño hecho adquiere enormes proporciones, y la mínima provocación conduce al delito: en estos casos es cuando el inocente es condenado á muerte por la multitud sin escucharle siquiera, porque, como dice Máximo du Camp: «basta cualquier sospecha, toda protesta es inútil, la convicción es profunda» (1).

Es, por tanto, natural y obvio concluir que la irritación y la cólera de la muchedumbre, irritación y cólera que hemos demostrado ser, no sólo aparentes sino *realmente sentidas*, se convertirán en corto espacio de tiempo, por sólo la influencia del número, en verdadero furor. En vista de lo cual no habrá que asombrarse de ver que la muchedumbre comete entonces los más espantosos delitos.

Esta terrible influencia del número, que es, á mi juicio, intuitiva para todo el mundo (2), y que nosotros hemos tratado de explicar, es confirmada por las observaciones de todos los naturalistas. Sabido es que el valor de todo animal aumenta en razón directa de la cantidad de compañeros que sabe tener cerca de sí, y disminuye en razón directa del aislamiento mayor ó menor en que se encuentra (3).

los diversos tejidos.» (*Les fermentations, Bibliot. scient. intern.*, 2.^a ed., pág. 2.)

De aquí se deduce fácilmente que en el organismo humano, que es de todos los organismos el que tiene la constitución más variada y heterogénea, las reacciones psicológicas llegarán á adquirir el máximo de variedad y de heterogeneidad.

(1) M. Du Camp: *Les convulsions de Paris*, Paris, Hachette, 5.^a ed., 1881, tomo iv, pág. 185.

(2) «Hay en el número mismo una influencia sutil y potente, que agita las pasiones y fuerza, por decirlo así, al individuo á imitar á su vecino.» En el periódico *The Lancet*, ya citado.

(3) «La misma hormiga, que se dejará matar diez veces

La sanción más clara de la ley por virtud de la cual el valor de los combatientes es proporcionado á su número, nos la ha dado Forel mediante un experimento que él ha hecho y que refiere en su magnífica obra acerca de las hormigas. De dos ejércitos de *formica pratensis* empeñados en una batalla, tomó siete individuos, cuatro de un campo y tres de otro y los metió juntos en un mismo vaso. Entonces aquellas siete hormigas antes irritadas y que se batían unas contra otras, se trataron amigablemente.

¿Qué mejor prueba de que el número es lo que hace explotar en la muchedumbre los instintos de crueldad y de combatividad?

cuando se ve rodeada de sus compañeras, se mostrará extremadamente tímida y evitará el menor peligro cuando se vea aislada á veinte metros de su nido.» V. Forel: *Les fourmis*, página 249. Por lo demás, es un hecho bien conocido el de que la sola presencia de uno de nuestros semejantes basta para aumentar ligeramente en nosotros la fuerza de las emociones. Este fenómeno puede observarse fácilmente en ciertos casos de locura. El Dr. Regis, en su obra *Les neurasthénies psychiques*, citan el hecho de un enfermo afecto de la locura de la duda ó de la indecisión, el cual estando solo no podía abrir una puerta ni abotonarse el vestido; pero tan pronto como veía en su presencia á alguien, terminaba el acceso.
